
El bribón bajo el muérdago
Amanda Mariel

EL BRIBÓN BAJO EL MUÉRDAGO

CORAZONES ARDIENTES DE LA REGENCIA



AMANDA MARIEL

Traducido por

ANA PÉREZ

ÍNDICE

Prefacio

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Epílogo

Sobre la autora
Libros de Amanda Mariel
Postfacio

Esta es una obra de ficción. Nombre, personajes, organizaciones, lugares, acontecimientos e incidentes son producto de la imaginación de la autora o se utilizan de forma ficticia.

© 2024, 2025 Amanda Mariel
Todos los derechos reservados.
Traducción de Ana Pérez

Ninguna parte de esta publicación puede ser vendida, copiada, distribuida, reproducida o transmitida de ninguna forma o por ningún medio, mecánico o digital, incluyendo fotocopias o grabaciones por cualquier sistema de almacenamiento y recuperación de información, sin el permiso previo por escrito del editor.

Edición de Brook Ridge Press

PREFACIO

En el esplendor nevado de la Inglaterra de la Regencia, un lord desencantado por su pasado escandaloso y una dama que guarda su corazón tras un compromiso roto se ven irremediablemente atraídos en un encuentro fortuito.

Lady Eleanor Winthrop ha renunciado al matrimonio tras un compromiso fallido. Su feraz independencia y agudo ingenio son los escudos que levanta contra un mundo que la defraudó.

El marqués Alexander Harrington, lord Rockingham, es un bribón de abolengo famoso por su reputación tan clemente como escandalosa. Harto de sus excesos, llega a Lancashire para heredar Netherfield Park y dejar atrás los vicios del pasado.

Sus caminos se cruzan en la aldea y surge una atracción magnética. Cuando se acerca la Navidad, Eleanor organiza un elegante baile navideño que despierta la curiosidad de los cotillas locales y aviva rumores escandalosos. Decidida a poner cada cosa en su sitio, pone en juego su corazón y su honor, descubriendo a un hombre digno de redención y amor, mientras Alexander aprende que el cariño es el mejor de los regalos.

En el mágico invierno de Lancashire, bajo copos de nieve y estrellas titilantes, florece su amor y encuentran una segunda oportunidad apasionada, demostrando el poder transformador de la Navidad y de las segundas oportunidades.

El bribón bajo el muérdago es un emotivo romance de Regencia repleto de secretos, escándalos y el espíritu navideño, ideal para quienes creen en la magia del amor.

CAPÍTULO 1



Lady Eleanor Winthrop estaba de pie junto a la ventana de su dormitorio, con sus ojos verde esmeralda recorriendo los terrenos de la finca familiar. El paisaje nevado relucía bajo el pálido sol invernal, reflejándose en la gran mansión y en sus extensos jardines. Mientras contemplaba la vista, los recuerdos acudieron a su mente: los veranos de infancia corriendo por aquellos campos, los paseos en trineo invernales, las animadas fiestas celebradas dentro de las paredes de su hogar. Ahora, ya adulta, podía apreciar la belleza y la historia que la rodeaban.

Eleanor se pasó los dedos por los suaves rizos color caramelo que enmarcaban su rostro. Llevaba semanas planificando meticulosamente cada detalle del baile de Navidad de ese año, desde las elegantes decoraciones hasta la lista de invitados cuidadosamente seleccionada. Sin embargo, su verdadera motivación para organizar un evento tan fastuoso era la insistente presión de su madre para que encontrara un marido adecuado. Mientras ajustaba su vestido esmeralda y tomaba aire hondo, estaba decidida a hacer de esa noche algo inolvidable, tanto para ella como para cualquier posible pretendiente presente.

Con el corazón encogido, deslizó los dedos sobre el encaje del vestido de novia de su madre. Los recuerdos de su propio compromiso roto inundaron su mente, mezclándose con un profundo resentimiento hacia las expectativas tradicionales impuestas a las

mujeres. Mientras seguía con la yema de los dedos los delicados dibujos del encaje, no pudo evitar anhelar algo más que una vida monótona como esposa y madre. Una chispa de rebeldía ardió en su interior, un deseo de aventura y de liberarse, al fin, de las expectativas familiares.

—Cariño, pareces perdida en tus pensamientos —dijo Lady Winthrop, marquesa de Banbury, al entrar en la estancia, con la voz teñida de preocupación.

Eleanor soltó enseguida el vestido, forzando una sonrisa en los labios.

—Madre, sólo estaba admirando tu exquisito vestido de novia —respondió Eleanor, esperando desviar la atención de su madre.

—Ah, sí, fue un gran día cuando tu padre y yo nos casamos —suspiró Lady Winthrop con nostalgia, mientras sus ojos verdes brillaban al recordar—. Algún día, querida, tendrás tu propio vestido hermoso y a un apuesto caballero al que llamar esposo.

—Tal vez —murmuró Eleanor, con un tono poco comprometido. Vaciló un instante antes de continuar—. He estado pensando en nuestro próximo baile de Navidad, madre. Creo que ha llegado el momento de que yo tome las riendas y lo organice este año. Al fin y al cabo, ya no soy una niña.

Lady Winthrop la contempló con sorpresa, pero también con un atisbo de orgullo.

—Eleanor, ¿estás segura? Es una gran responsabilidad, y sé bien lo que piensas de… bueno, de las expectativas que la sociedad impone a las jóvenes como tú.

—Lo sé, madre, pero estoy decidida —Eleanor se irguió, levantando la barbilla con desafiante determinación—. Haré de este baile un acontecimiento memorable y, ¿quién sabe? Quizá incluso encuentre a alguien capaz de convencerme de que el amor y el matrimonio merecen, de nuevo, la pena.

—Muy bien, querida. No dudo de que estarás a la altura del reto —concedió Lady Winthrop, con una cálida sonrisa en los labios—. Pero recuerda que muchas miradas estarán puestas en ti. Un baile exitoso no sólo habla bien de nuestra familia, sino que también puede ayudarte a encontrar un marido adecuado.

Eleanor asintió, aceptando el peso de las palabras de su madre. El corazón le latía con fuerza mientras imaginaba las lujosas decoraciones, la música y los vestidos girando en la pista de baile. El baile de Navidad sería la oportunidad perfecta para demostrar que era capaz de mucho más que ser una novia hermosa.

—Gracias, madre. Prometo que te enorgulleceré —juró Eleanor, con la determinación brillando en sus ojos.

Cuando abandonó la estancia, sus pensamientos se volvieron hacia la tarea que tenía ante sí.

Poco después, Lady Eleanor Winthrop se encontraba de nuevo en la ventana de su dormitorio, contemplando el paisaje nevado de la finca familiar. Una ligera capa de nieve fresca cubría el suelo, brillando como un millar de diamantes bajo el sol invernal. Su aliento empañó el cristal cuando apoyó en él la frente, meditando en todo lo que debía hacer para que el baile resultara un éxito.

—Concéntrate, Eleanor —murmuró para sí, apartándose de la ventana.

Empezó a pasear sobre la mullida alfombra, con la mente llena de ideas y planes.

—Debo crear una atmósfera que sea a la vez festiva y encantadora.

Eleanor cerró los ojos un momento, imaginando el salón de baile lleno de velas titilantes, elegantes guirnaldas colgadas con gracia a lo largo de las paredes y mesas adornadas con exquisitos manjares. El aroma a pino y canela llenaría el aire, mezclándose con las risas cálidas de amigos y familiares. Sólo pensarlo le hizo sentir un escalofrío de emoción, y supo que debía convertir aquella visión en realidad.

—Señora Granger —llamó, alzando la voz.

Sus palabras resonaron por el pasillo. Instantes después, la puerta se abrió y el ama de llaves entró en la habitación, con el cabello gris recogido con esmero bajo una cofia blanca. La señora Granger era una mujer rellenita, de ojos bondadosos, que había formado parte de la vida de Eleanor desde su nacimiento. Con los años se había convertido en algo más que un ama de llaves: era también una confidente de confianza y una amiga.

—Buenos días, querida —saludó la señora Granger, recobrando el aliento mientras se detenía ante Eleanor—. ¿Qué puedo hacer por usted esta mañana?

—Señora Granger, tenemos mucho de qué hablar —repuso Eleanor, con la mirada encendida de determinación—. Madre me ha dado permiso para organizar el baile de Navidad y necesito su ayuda para asegurar que sea el acontecimiento más espléndido que nuestros vecinos hayan visto jamás.

—Por supuesto, mi lady —respondió la señora Granger con una cálida sonrisa, los ojos arrugándose en las comisuras—. Estoy a su entera disposición. ¿Por dónde empezamos?

—Lo primero será hacer una lista de todo lo que hay que preparar —dijo Eleanor, tomando una pluma y un pliego de papel de su escritorio.

A medida que anotaba sus pensamientos, una oleada de emoción le recorría las venas.

—Decoraciones —musitó en voz alta, mientras su mano se movía con soltura sobre el papel—. Necesitaremos guirnaldas de acebo y de hiedra, además de muérdago para los dinteles de las puertas. Y velas… cientos de ellas, para iluminar el salón de baile y crear un resplandor cálido y acogedor.

—Desde luego, mi lady —asintió la señora Granger, claramente complacida—. Y no olvide a los músicos. Sin duda querrá un cuarteto.

—Ah, sí —dijo Eleanor, añadiéndolo a la lista—. Ahora hablemos de los refrigerios. Necesitaremos una selección de exquisiteces capaces de tentar el paladar de nuestros invitados. Vino caliente especiado, sidra aromatizada, pudding de ciruelas, pastelitos de carne… La lista es interminable.

—Por supuesto, mi lady —repitió la señora Granger, con los ojos brillándole de anticipación—. Supervisaré personalmente al personal de cocina para asegurarme de que todo se prepare a la perfección.

—Excelente —aprobó Eleanor, haciendo una última anotación en el papel—. En cuanto al entretenimiento, debemos tener música y baile, desde luego. Pero también quiero incluir diversiones especiales

para mantener a nuestros invitados entretenidos durante toda la velada.

—Una idea muy inspirada, Lady Eleanor —respondió la señora Granger, con la mente ya desbocada en posibilidades—. Quizá una adivina o un ilusionista que deleite y asombre a sus invitados.

—Perfecto —susurró Eleanor, con el corazón henchido de optimismo—. Este baile será una noche inolvidable, señora Granger. Juntas lo haremos posible.

Mientras continuaban hablando de los detalles del próximo evento, Eleanor sintió renacer un profundo sentido del propósito. Aquel baile no sólo sería un testimonio de sus capacidades, sino que también podría allanar el camino hacia un futuro más luminoso, uno lleno de amor, felicidad y quizá incluso redención.

—Empecemos —declaró, con la determinación brillando en sus ojos.

Con esas palabras, ambas mujeres se dispusieron a transformar en realidad la visión de Eleanor.

Un poco más tarde, el carruaje de Eleanor se detuvo en la plaza del pueblo. Descendió al aire frío del invierno y su aliento formó pequeñas nubes al inspirar profundamente. El olor a humo de leña y a agujas de pino llenó sus sentidos mientras examinaba la calle bulliciosa. Allí encontraría a los artesanos locales que la ayudarían a dar vida a su visión del baile de Navidad.

Con paso decidido, se acercó al primero de ellos.

—Señor Turner —saludó al fornido herrero, cuya fragua irradiaba calor en medio del entorno helado.

Chispas brillantes saltaron al aire como pequeños fuegos artificiales mientras él golpeaba una barra de hierro al rojo vivo.

—Ah, Lady Eleanor —Reginald Turner hizo una pausa y se secó la frente con una manga manchada de hollín—. ¿Qué puedo hacer por usted en un día tan hermoso?

—Necesito un trabajo de forja delicado para mi baile de Navidad —explicó Eleanor, describiendo su idea de candelabros elegantes y apliques decorativos para las paredes.

El señor Turner asintió, con los ojos iluminados por la inspiración.

—Déjelo en mis manos, mi lady. Sus invitados quedarán deslumbrados por la artesanía.

—Gracias, señor Turner.

Cuando se volvió para marcharse, el repicar del martillo sobre el metal reanudó su ritmo, marcando el aire como un latido.

A continuación, Eleanor entró en el cálido abrazo de la panadería de la señora Sweatwater. El embriagador aroma a canela y nuez moscada impregnaba el ambiente, recordándole las fiestas alegres que había pasado con su familia y amigos. La señora Beatrice Sweatwater, rellena y de mejillas sonrosadas, la recibió con una sonrisa maternal.

—Lady Eleanor, siempre es un placer tenerla en mi tienda. ¿En qué puedo endulzarle el día? —preguntó con una sonrisa aún más amplia.

—Señora Sweatwater, deseo contar con sus mejores creaciones para el próximo baile —dijo Eleanor—. Galletas de azúcar, pan de jengibre, toda clase de pasteles y, quizá, alguna sorpresa.

—Por supuesto, mi lady —respondió la señora Sweatwater, con los ojos reluciendo como estrellas—. Tengo justo lo que necesita: una receta secreta de familia que ha pasado de generación en generación. Sus invitados hablarán de ella durante años.

—Maravilloso —dijo Eleanor, sintiendo cómo su expectación crecía a cada paso en los preparativos.

Por último, se dirigió a la tienda de modista de la señorita Penelope Stanton. El pequeño establecimiento era un torbellino de energía: la modista se movía entre rollos de lujosas telas. Colores y texturas se amontonaban en la reducida estancia, testimonio de su impecable gusto y habilidad.

—Señorita Stanton, necesito su mejor creación para el baile de Navidad —declaró Eleanor, con la voz cargada de esperanza—. Algo que cause una impresión imborrable.

—Déjelo en mis manos, Lady Eleanor —respondió Penelope, mientras sus dedos ágiles ya empezaban a revolver muestras de seda, satén y encaje—. Diseñaré un vestido digno de su belleza y su gracia.

Mientras Eleanor observaba aquellas manos expertas en movimiento, sintió un destello de entusiasmo. Sabía que, con la ayuda de aquellos artesanos entregados, el baile sería realmente inolvidable. La plaza del pueblo se convirtió en un torbellino borroso de actividad festiva cuando regresó a casa, con el corazón ligero ante la perspectiva de nuevos comienzos.

Cuando el sol empezó a esconderse tras el horizonte, tiñendo de un resplandor cálido la finca de los Winthrop, Eleanor volvió a encontrarse en su dormitorio, contemplando una vez más los terrenos cubiertos de nieve, con el pensamiento centrado en el próximo baile.

—¿Será éste el momento? —susurró, empañando otra vez el cristal con su aliento—. ¿Podrá este baile de Navidad ser la llave que vuelva a abrir mi corazón?

—¿Vuelves a hablar sola, querida? —preguntó Lady Winthrop al entrar en la estancia con una sonrisa cargada de conocimiento—. Este hábito empieza a preocuparme seriamente.

—Madre —exclamó Eleanor, sobresaltada por su aparición—. Sólo estaba… pensando en el baile.

—Ah, sí —repuso su madre, con los ojos chispeantes de picardía —. ¿Y quizá contemplando la posibilidad de encontrar de nuevo amor y felicidad?

Eleanor se sonrojó, pero no lo negó.

—Tal vez. Ha pasado demasiado tiempo desde la última vez que me permití esperar algo así.

—Cariño, siempre hay esperanza —la tranquilizó su madre, posando con suavidad una mano en su hombro—. Especialmente en estas fechas. Este baile podría ser el punto de inflexión que llevas tanto tiempo buscando.

—O podría convertirse en otra decepción —murmuró Eleanor, mordiéndose el labio con incertidumbre.

—Sólo si tú lo permites, querida —la reprendió su madre con dulzura—. Debes aprovechar la oportunidad y sacarle el máximo partido. Abre tu corazón a las posibilidades y quién sabe qué podría suceder.

—Quizá tengas razón —concedió Eleanor, permitiéndose una leve sonrisa—. Haré todo lo posible por abrazar el espíritu de la estación y ver adónde me conduce.

—Bien —aprobó su madre, dando una palmadita en la mano de Eleanor.

Cuando su madre salió de la habitación, Eleanor sintió una nueva determinación recorriéndole las venas. Aquel baile de Navidad sería mucho más que una celebración fastuosa: encerraba la promesa de redención y la posibilidad de recuperar la felicidad que se le había escapado durante tanto tiempo. Con el corazón abierto y el espíritu libre, se volvió hacia la noche, dispuesta a abrazar todo lo que el futuro pudiera depararle.

CAPÍTULO 2



El sol aún no había salido cuando Alexander Harrington, marqués de Rockingham, salió al aire fresco de la mañana. Hebras de nieve se aferraban al suelo y se arremolinaban alrededor de sus botas mientras cruzaba el patio de la finca que acababa de heredar. Aunque la hora era temprana, le había sido imposible conciliar el sueño, no con la perspectiva de un nuevo comienzo desplegándose ante él.

Lancashire era un mundo aparte de los salones licenciosos y los abarrotados bailes de Londres, donde se había granjeado su reputación de notorio libertino. Allí no había susurros desdeñosos ni miradas inquisidoras, sólo colinas onduladas hasta perderse de vista y bosques maduros para la aventura. Alexander sintió despertar en su interior una esperanza que llevaba mucho tiempo dormida. Tal vez aquel paraíso campestre pudiera ser el bálsamo que su cansada alma necesitaba con desesperación.

Cuando los primeros rayos del alba coronaron las montañas lejanas, la oscuridad menguante dejó al descubierto un pueblecito acogido más allá de los muros de la mansión. Alexander se detuvo, sus ojos, agudos, captando cada detalle. Los tejados de paja, la pequeña iglesia con su campanario puntiagudo, las calles empedradas aún intactas por las ruedas de los carruajes… Era como adentrarse en uno de esos paisajes campestres que había visto colgados en la larga galería de su antiguo hogar. Por encantador que

pareciera, sabía que las apariencias engañaban. Su propia fachada de caballero correcto ocultaba a un hombre dañado, alguien que había visto y hecho cosas que ningún buen cristiano se atrevería siquiera a susurrar.

No, se dijo con ironía, más valía no dejar que la imaginación se desbocara con fantasías. Los lugareños seguramente verían con malos ojos tener por vecino al granuja más notorio de Londres. Era probable que allí encontrase más censura que aceptación.

Con un suspiro pesado, Alexander pasó una mano por su cabello rubio trigo y se volvió hacia la casa. Quizá pudiera dejar atrás su pasado, pero nunca a sí mismo.

Tomó el sendero de grava que conducía a la mansión, sus botas crujiendo sobre el suelo helado. Aunque todavía era temprano, veía ya penachos de humo elevándose de las chimeneas: señal de que el servicio se preparaba para empezar la jornada. Sin duda estaban inquietos ante la llegada de su nuevo amo, un hombre con una reputación más negra que el hollín.

Al llegar a las puertas de roble tallado, Alexander se detuvo para contemplar la sobria fachada georgiana, con sus hileras de altos ventanales que parecían devolverle la mirada como ojos desaprobadores. El viento gélido se colaba por su abrigo, pero casi no notaba el frío. Otro tipo de escalofrío se le había instalado en los huesos, nacido de los errores del pasado y de la incertidumbre de lo que le aguardaba.

Tras inspirar hondo para darse valor, alargó la mano hacia el llamador de hierro. El sonido resonó como un estruendo en el denso silencio. Instantes después, la puerta se abrió con un quejido para revelar a un mayordomo anciano, cuyos ojos se abrieron de par en par al ver al fornido joven caballero en el umbral.

—Bienvenido, lord Rockingham —balbuceó el mayordomo, inclinándose en una profunda reverencia—. Lo estábamos esperando.

Alexander cruzó el umbral hacia el vestíbulo, plenamente consciente de los sirvientes que lo observaban desde las puertas y las esquinas. Sus miradas curiosas recorrían su alta y musculosa

figura, sin duda en busca de algún signo externo que revelara qué clase de hombre era.

Que miren cuanto quieran, pensó. Su juicio le importaba ya bien poco. Había venido en busca de un nuevo comienzo, una oportunidad de reescribir su historia. Lo que ellos veían únicamente como un libertino y un sinvergüenza, esperaba transformarlo, con el tiempo, en un hombre honorable, digno de respeto.

Con un gesto cordial, entregó los guantes y el sombrero al mayordomo.

—Haga saber a la ama de llaves que me gustaría que me mostrara la casa cuando le resulte conveniente. Pero antes quisiera tomar algún refrigerio en mi habitación.

—Enseguida, mi lord —respondió el mayordomo, visiblemente aliviado por las maneras corteses de su nuevo amo.

Mientras Alexander lo seguía escaleras arriba, sintió encenderse en su interior una pequeña chispa de esperanza. Allí, lejos de las tentaciones y los peligros de Londres, tenía la oportunidad de redefinirse. Haría falta tiempo y perseverancia para superar su pasado, pero quizá aquél fuera el nuevo comienzo que tanto ansiaba.

Una vez a solas, Alexander se acercó a la ventana enrejada de su dormitorio y contempló los terrenos nevados de la finca. Copos gruesos y perezosos descendían de un cielo gris sin fin, cubriendo la tierra con un manto de blanco apacible. El aire frío y nítido llevaba consigo un tenue aroma a leña, probablemente del fuego encendido en las cocinas de abajo.

Tras el caos de las calles abarrotadas de Londres, aquella campiña tranquila se sentía como un bálsamo para su espíritu. Allí no había ojos inquisidores ni lenguas viperinas, sólo la sencillez de la naturaleza, dormida y prístina.

Alexander notó cómo se aflojaba el nudo persistente de su pecho. El impulso de beber, apostar y perseguir mujeres lo había dominado durante años. Pero ahora, contemplando la nieve intacta, percibía las posibilidades que se abrían ante él. Aquellas tierras y su nuevo papel como marqués podían ser la redención que buscaba.

Había mucho por hacer para poner la finca en orden. Hacían falta reparaciones, los arrendatarios requerían atención y las cuentas de la casa estaban en completo desorden. Pero se ocuparía de todo ello. Aquel sería un nuevo capítulo, definido por la responsabilidad, la dignidad y el honor.

Con una profunda inspiración, se apartó del sereno paisaje invernal. Con la barbilla alta, salió dispuesto a reunirse con el servicio y empezar a construir el futuro que deseaba.

Alexander descendió de nuevo la gran escalera, sus botas resonando sobre el mármol. Se había puesto su mejor chaqueta y calzones, deseoso de causar una buena primera impresión al personal.

En el vestíbulo encontró a un pequeño grupo reunido: el ama de llaves, el mayordomo, la cocinera y el caballerizo mayor. Permanecían tiesos, en posición de firmes, observándolo con ojos cautelosos. Sin duda, su reputación se les había adelantado.

—Buenos días —saludó Alexander con calidez, acompañando las palabras de una cortesía elegante—. Soy Alexander Harrington, el nuevo marqués de Rockingham. Es un placer conocerles.

El servicio murmuró saludos y se inclinó en reverencias y genuflexiones.

—Por favor, pónganse cómodos —pidió Alexander—. Confío en trabajar con todos ustedes para devolver a esta finca el esplendor de antaño.

—Sí, su señoría —respondió el ama de llaves—. Estamos deseosos de servirle.

Alexander sonrió.

—Excelente. Díganme sus nombres, para poder dirigirme a ustedes como corresponde.

Fue avanzando por la fila mientras se presentaban uno a uno. El caballerizo mayor, el señor Thomas Burner, era un hombre robusto, de pecho ancho y apretón de manos firme.

—Tiene caballos magníficos —observó Alexander—. Estoy deseando ver sus establos.

—Los llevo con mano firme, mi lord —replicó Thomas, sacando pecho—. Los mejores caballos del condado.

La oronda cocinera, la señora Bethany Cutar, hizo una profunda reverencia.

—Es un verdadero placer tenerle con nosotros, mi lord. He preparado un asado delicioso para la cena.

Alexander tomó su mano y la rozó con un beso.

—Ya casi puedo oler sus exquisiteces, señora Cutar.

El ama de llaves, la señora Ida Hawthorne, se sonrojó con gracia cuando Alexander elogió el esmero con que mantenía la casa.

Uno por uno, Alexander los fue conquistando, mostrando sus modales nobles a pesar de las expectativas que pesaban sobre él. Al final del recorrido, el personal parecía mucho más relajado, comenzando a sentir simpatía por aquel marqués poco convencional.

En sus ojos había ahora un atisbo de esperanza que reflejaba la que de nuevo ardía en el corazón de Alexander. Era un comienzo prometedor para su nueva vida.

Alexander se retiró a su despacho y, desde la ventana, contempló las colinas cubiertas de nieve. Aquel paraíso rural era un mundo aparte de las fiestas interminables y los desenfrenos de Londres. Allí no había tentaciones que lo desviasen del camino ni vicios que lo empujasen al escándalo. Sólo paz, tranquilidad y la oportunidad de redescubrirse.

Una oportunidad de redención.

La puerta se abrió y el ama de llaves entró con una bandeja de té.

—Perdone la intromisión, mi lord. La señora Cutar insistió en que tomase té para entrar en calor.

—Muy considerada, gracias, Ida.

Alexander se sirvió una taza, aspirando el vapor fragante.

—Si me permite, mi lord —comenzó ella con cautela—. Es un alivio ver Netherfield Park con vida otra vez. Su difunto señoría era muy querido en estos parajes.

Alexander asintió.

—Espero estar a la altura del legado de mi tío con el tiempo.

—Con el debido respeto, señor… ¿es cierto lo que se dice de usted en Londres?

Alexander sostuvo la mirada de la mujer sin pestañear.

—No puedo negar que estoy algo falto de pulido. Pero mi intención es dejar atrás mis viejos hábitos. El pasado quedó atrás.

Ida pareció aliviada.

—Me alegra oírlo, mi lord. Puede que éste sea un rincón adormilado, pero es un lugar de lo más agradable.

Alexander sonrió.

—Sí, la paz y la sencillez de aquí me sientan de maravilla. Creo que Lancashire es precisamente lo que necesitaba para pasar página y trazar un nuevo rumbo.

Alzó la taza en un brindis.

—Por los nuevos comienzos.

Alexander fijó la vista en el cristal cubierto de escarcha, perdido en sus pensamientos mientras sorbía el té. A pesar de su determinación, los fantasmas del pasado seguían acechando. Las casas de juego, las partidas de cartas, la interminable sucesión de vino y mujeres. Los vicios de Londres casi lo habían devorado por completo.

Casi, pero no del todo.

Ahora estaba allí, lejos de esas tentaciones. Tenía la oportunidad de convertirse en el hombre que deseaba ser, y no en el canalla que la sociedad esperaba.

Aun así, la pregunta persistía: ¿podía cambiar de verdad? ¿O se estaba engañando a sí mismo?

Suspiró y se frotó la mandíbula con la palma de la mano. Aquel lugar y aquella gente merecían algo mejor. Tenía mucho que demostrar antes de poder considerarse digno de todo ello.

Pero lo demostraría, se prometió, a sí mismo y a todos los demás.

CAPÍTULO 3



La mirada esmeralda de Eleanor barrió la bulliciosa plaza del pueblo, abarcando los sonidos y las imágenes tan familiares de los preparativos navideños. Cintas y ramas de acebo adornaban los escaparates, mientras los villancicos llenaban el aire frío con melodías alegres. Los tentadores aromas de castañas asadas y pan recién horneado se mezclaban con el perfume intenso de las ramas de abeto.

A pesar del ambiente festivo, el semblante de Eleanor permanecía reservado. No tenía la menor intención de dejarse arrastrar por el fervor romántico que parecía contagiar a la *ton* cada Navidad. Su compromiso roto el año anterior la había llevado a jurar que no volvería a casarse. No, en estas fiestas pensaba conservar el sentido común.

Mientras Eleanor admiraba el ingenio del escaparate de la señora Stanton, el aliento se le atascó en la garganta al ver a un caballero desconocido observando la plaza. Aunque jamás lo había visto antes, una chispa de reconocimiento la recorrió cuando sus miradas se cruzaron. Sus penetrantes ojos azules y sus facciones cinceladas lo delataban sin lugar a dudas como lord Rockingham.

Los rumores acerca de su reputación de canalla habían llegado incluso hasta su apartado pueblecito, pero al verlo ahora en persona, Eleanor comprendió cómo se había ganado semejante notoriedad. Era deslumbrante, con ondas rubias enmarcando un rostro de clásica

belleza masculina. Sus anchos hombros y su atlética complexión resultaban evidentes incluso bajo el bien cortado abrigo.

A medida que él se acercaba con aire de tranquila seguridad, el corazón de Eleanor se aceleró, aunque se obligó a mantener una expresión neutra. ¿Qué asuntos podían traer al granuja lord Rockingham a su adormilido pueblo? Pronto lo averiguaría, porque sus caminos estaban destinados a cruzarse aquella misma mañana.

Eleanor bajó la mirada con un gesto recatado cuando el marqués se acercó más. Aunque fingía indiferencia, sus pensamientos se agolpaban. La reputación del granuja era infame. Aun así, su impactante apostura despertaba en ella sensaciones desconocidas e indeseadas. Aquel hombre podía ser, sin duda, muy peligroso.

Cuando él se detuvo frente a ella, el timbre de su voz le provocó un escalofrío.

—¿Qué trae a una dama tan encantadora a la calle en una mañana como ésta? —preguntó.

Reuniendo valor, Eleanor alzó el mentón.

—Podría hacerle la misma pregunta, mi lord. ¿Acaso nuestro humilde pueblo no está por debajo de la atención de un marqués?

La diversión danzó en sus ojos azules.

—Al contrario. Me encuentro francamente cautivado por su encanto rústico —replicó. Su mirada se demoró en los rasgos de ella —. Y por sus habitantes.

Un cálido rubor se extendió por las mejillas de Eleanor ante aquella osada galantería. Buscó una distracción.

—Tal vez le gustaría probar las delicias de la señora Sweatwater. Sus productos de horno son el orgullo de nuestro pueblo.

—Una oferta tentadora —ronroneó él—, pero hoy los dulces no pueden satisfacerme. No, siento antojo de algo mucho más… sustancioso.

El tono sugerente dejaba pocas dudas respecto a su significado.

Afligida y un tanto irritada, Eleanor se volvió, con el pulso desbocado por aquellas insinuaciones tan directas. Aquel canalla era incluso más peligroso de lo que anunciaba su reputación. Haría bien en evitarlo, y sin embargo, algo en su encanto pícaro la atraía. Quizá

no era tan inmune a la necia magia del muérdago como había creído.

Eleanor se obligó a serenarse y se volvió de nuevo hacia él, encontrando esta vez su mirada de frente.

—Aunque agradezco su interés, mi lord, no soy una mesonera a la que se pueda cortejar con tanta crudeza.

Alexander tuvo la decencia de parecer avergonzado.

—Perdóneme, mi lady. No era mi intención faltarle al respeto. Es sólo que… —vaciló antes de continuar con sincera seriedad—. Confieso que me siento profundamente prendado de usted. ¿No me concedería la oportunidad de entablar un trato más… adecuado?

Desconcertada por aquella sinceridad, Eleanor lo estudió con atención. Su reputación lo pintaba como un canalla, y sin embargo, ahora no percibía malicia alguna en él. Quizá hubiera en aquel lord algo más de lo que aparentaba.

—Muy bien —cedió al fin, sacando la mano del manguito de piel para tendérsela—. Soy Lady Eleanor Winthrop, hija del conde de Ashford.

Él tomó la mano ofrecida e hizo una reverencia sobre ella.

—Alexander Harrington, marqués de Rockingham, a su servicio. —El roce de su pulgar sobre los nudillos de ella hizo que chispas de calor se le dispararan por el brazo.

Recobrando su mano, Eleanor señaló los vestidos rojos y verdes expuestos en el escaparate.

—Estaba admirando los vestidos de la señorita Stanton. Su ojo para la moda no tiene rival en el condado.

—¿De veras? —Alexander dirigió la atención al despliegue de lujosas sedas y satenes—. Puedo ver por qué su trabajo se ha ganado semejantes elogios. El corte de ese terciopelo verde es exquisito. Complementaría a la perfección su tono de piel.

—¿Lo cree así? —Eleanor no pudo evitar pavonearse un poco bajo la mirada apreciativa de él. Quizá permitir su trato no resultara tan peligroso, después de todo.

Sintió que las mejillas se le encendían bajo la intensidad de su mirada. Para ocultar su turbación, empujó la puerta y llamó:

—Señorita Stanton. ¿Podría venir un momento, por favor?

La modista se apresuró hacia ellas, sus ojos vivos abarcando de un vistazo a la pareja.

—Mi lady, ¿en qué puedo servirla?

—Lord Rockingham estaba admirando su vestido de terciopelo esmeralda. Coincido en que es una de sus mejores creaciones.

La señorita Stanton iluminó el rostro con una sonrisa.

—Me honra, mi lady. Estaré encantada de tomar sus medidas, si así lo desea.

—Oh, no podría… —empezó Eleanor, titubeante, antes de que Alexander interviniera con toda naturalidad.

—Vamos, Lady Eleanor. Sería un crimen privar al mundo de su belleza envuelta en semejante obra maestra.

Su voz era como miel templada, derritiendo las reservas de ella, y Eleanor se dejó guiar al interior de la tienda.

—Oh… está bien —acabó accediendo.

Mientras la señorita Stanton la conducía tras un biombo para tomarle medidas, Alexander llamó:

—Correré yo con el gasto del vestido, por supuesto. Considérelo un regalo de Navidad adelantado.

Las protestas de Eleanor murieron en sus labios. La sola idea de recibir un regalo tan personal de parte de él aceleró el ritmo de su corazón. Tuvo que recordarse respirar con calma mientras la modista le rodeaba el torso con la cinta de medir por encima del corsé.

Cuando salió de detrás del biombo, notó cómo la mirada de Alexander acariciaba su figura con abierta admiración.

—Excelente. Estoy deseando ver el resultado terminado en el baile de Navidad.

—¿Baile de Navidad? —repitió Eleanor, sorprendida, mientras se abrochaba de nuevo la capa.

—Por supuesto —dijo Alexander, esbozando una sonrisa de pícaro—. Confío en que me honrará con el primer baile.

De nuevo alterada, Eleanor se encontró respondiendo:

—Si así lo desea.

—Lo deseo —aseguró él. El calor de sus ojos hizo que el corazón de ella diera un salto. Por peligroso que pudiera ser, no podía negar la fascinación que sentía por aquel lord.

Con las mejillas ardiendo, salió al aire fresco del invierno.

—Gracias por el generoso regalo, mi lord. Sin embargo, debo insistir en pagar yo misma el vestido.

—Disparate —replicó él.

—No es apropiado que acepte un obsequio tan personal —argumentó ella, habiendo recuperado ya algo de prudencia.

—Nadie tiene por qué saberlo. Será nuestro secreto —dijo él, con un tono que no admitía réplica.

Eleanor tragó saliva y luego asintió.

—Gracias.

—Le aseguro que el placer es mío, y no es más que un pequeño gesto por mi parte. Considérelo una disculpa por mi comportamiento poco caballeroso de antes.

Eleanor contuvo el aliento cuando Alexander tomó su mano y rozó los nudillos con un beso delicado. El breve contacto provocó una descarga ardiente en sus venas.

A su alrededor, los vecinos se percataron del gesto íntimo. La señora Sweatwater interrumpió el gesto de colgar coronas en la puerta de su panadería, una sonrisa llena de picardía asomando a sus labios. En la herrería, el señor Turner levantó la vista del fuego justo a tiempo para ver la escena a través de la ventana.

—Vaya, vaya… —murmuró para sí, antes de volver al trabajo con un leve movimiento de cabeza.

Ajena a las miradas, Eleanor alzó la vista hacia Alexander, con un delicado rubor coloreándole las mejillas. Él seguía sujetándole la mano con suavidad, mientras la yema del pulgar trazaba círculos perezosos sobre sus nudillos a través del tejido del guante.

—Me agradaría muchísimo proseguir nuestra conversación, mi lady —murmuró él—. ¿Quizá le gustaría pasear conmigo por el pueblo?

El instinto de Eleanor la prevenía contra la idea de pasear a solas con un hombre de semejante reputación. Pero la mirada sincera en aquellos penetrantes ojos azules doblegó sus reservas. Además, estaban al aire libre, a la vista de todos. No había escándalo posible en ello.

—Será un placer —respondió.

Alexander la condujo por la hilera de tiendas y casitas, señalándole distintos adornos de Navidad. Eleanor se colgó de cada una de sus palabras, cautivada por la profundidad de su voz y por los roces fugaces de su brazo contra el de ella. El tiempo se deslizó sin que ninguno de los dos lo advirtiera…

Las campanas de la iglesia repicaron a lo lejos, marcando la hora, y Eleanor volvió en sí de golpe.

—Dios mío, ¿ya son las dos? —exclamó. A regañadientes, retiró la mano del brazo de Alexander—. Mucho me temo que debo regresar.

Por un instante, la decepción ensombreció el semblante de Alexander antes de que retomara el control.

—Desde luego. Gracias por este rato tan agradable, mi lady.

Tomó de nuevo la mano de Eleanor y la alzó para depositar en ella un beso prolongado. A su alrededor, los vecinos susurraban, excitados, acerca de la innegable conexión entre el misterioso lord y Lady Eleanor.

Eleanor sonrió, con un tenue rubor tiñéndole las mejillas.

—Gracias, mi lord. He disfrutado mucho de nuestra conversación.

Se volvió para partir, muy consciente de la mirada de él siguiéndola. Mientras se alejaba, el pulso de Eleanor se aceleraba. Nunca había conocido a nadie capaz de igualar su ingenio con tanta facilidad.

A sus espaldas, Alexander siguió con la vista la silueta que se alejaba. Sus ojos recorrieron el atractivo vaivén de sus caderas, el sol que arrancaba destellos a sus rizos color caramelo. Ya echaba de menos su risa fresca y el brillo travieso de sus ojos verdes.

Alexander suspiró, empañando con su aliento el aire invernal. Sintió un leve chispazo de esperanza. Tal vez la temporada navideña le brindara la oportunidad de ganarse el favor de la dama… y redimirse.

La mente de Eleanor bullía mientras desandaba el camino hasta la mansión, repasando una y otra vez cada momento de su encuentro con lord Alexander. El recuerdo de aquellos ojos de azul intenso clavados en los suyos hizo que se le encendieran las mejillas.

Aceleró el paso, esperando que el aire frío suavizara el aleteo de mariposas en su pecho.

Al tomar el sendero flanqueado de árboles que conducía a su hogar, se detuvo para recobrar el aliento. Eleanor apoyó la espalda en la corteza áspera de un roble altísimo, cuyas ramas desnudas se alzaban hacia el cielo gris acero. Cerró los ojos y se permitió imaginar los fuertes brazos de Alexander rodeándola, su aliento cálido en la curva de su cuello. Un escalofrío de anhelo la recorrió.

—Es un libertino, un canalla… —susurró, en un intento poco convincente de templar el deseo que florecía en su interior.

Y aun así, se estremecía ante la idea de su próximo encuentro. ¿De verdad volvería a buscarla? Eleanor se abrazó con más fuerza a la capa de lana, protegiéndose del frío.

Se volvió hacia la mansión que se alzaba a lo lejos, con las columnas de humo de sus muchas chimeneas perdiéndose en las nubes. Representaba la comodidad y la familiaridad, todo aquello que ella había anhelado antes de aquel día.

Alexander era el desconocido tentador. Una sola conversación con él había despertado pasiones y sueños que permanecían enterrados desde su compromiso roto. Eleanor alzó la vista hacia el desnudo cielo invernal y formuló un deseo en silencio.

—Que esta Navidad traiga lo que tenga que ser —murmuró.

Con un giro de sus faldas amarillas, reanudó el camino, dispuesta a abrazar todo lo que el destino quisiera depararle.

CAPÍTULO 4



La imponente fachada de Winthrop Manor resplandecía bajo la luz temprana de la mañana; sus columnas de mármol y altos ventanales quedaban enmarcados por guirnaldas de cedro y lazos carmesí. En el interior, Lady Eleanor Winthrop avanzaba a paso firme por los ajetreados pasillos, los ojos verdes muy atentos mientras inspeccionaba cada detalle.

—No, esos lazos no servirán en absoluto —indicó a los lacayos que colgaban festones a lo largo de la escalinata—. El color debe complementar el papel de la pared. Traedme mis muestras.

Los lacayos asintieron y se apresuraron a obedecer, mientras Eleanor se volvía para examinar los arreglos de acebo y muérdago que adornaban el vestíbulo. Frunció los labios, recolocando mentalmente aquí y allá alguna ramita hasta quedar satisfecha. Aquel baile de Navidad debía ser absolutamente impecable. Estaba decidida a conseguirlo.

—Ah, señora Granger —saludó cálidamente a la ama de llaves en cuanto la mujer mayor se acercó—. ¿Cómo van los preparativos en el ala este?

—Bastante bien, mi lady —repuso la señora Granger—. Las doncellas están ahora mismo puliendo la madera.

Eleanor asintió, complacida con la noticia.

Cuando la señora Granger hizo una reverencia y se retiró, Eleanor volvió la atención a las guirnaldas de los pasamanos:

festones de hoja perenne entrelazados con lazos carmesí y ramas de acebo.

Poco después, el vestíbulo bullía de actividad cuando fueron llegando los distintos oficios, dispuestos a poner sus habilidades al servicio de la casa.

El señor Turner, el fornido herrero del pueblo, cargaba varios candelabros de hierro forjado, sus musculosos brazos tensándose con el esfuerzo. La señora Sweatwater, la panadera de rostro bondadoso, transportaba bandejas de pequeños pastelitos recién glaseados que hicieron la boca agua a Eleanor.

Mientras Eleanor supervisaba aquel caos controlado, la señora Granger se mantenía a su lado, fiel asistente en todo.

—¿Las guirnaldas de la escalera este, mi lady? —inquirió la señora Granger.

—Una idea excelente —aprobó Eleanor—. Y en el salón de baile, cubramos la repisa de la chimenea con acebo y muérdago.

La señora Granger asintió.

—Daré instrucciones a las doncellas de inmediato.

Eleanor observó con aprobación cómo el señor Turner colocaba con cuidado los candelabros sobre los aparadores. Su pericia se apreciaba en los elegantes giros del negro hierro forjado.

La señora Sweatwater le ofreció una diminuta tartaleta de fruta.

—¿Quiere probar, mi lady? Recién horneada esta misma mañana.

—Deliciosa —declaró Eleanor tras darle un bocado. La señora Sweatwater se iluminó de orgullo ante el elogio.

Pese al frenesí de actividad, Eleanor sentía un cosquilleo de anticipación. Aquel baile de Navidad sería el acontecimiento de la temporada.

La mirada de Eleanor se dirigió hacia la gran escalera, donde la señorita Stanton colocaba lazos hechos a mano en las guirnaldas. La joven modista se había superado a sí misma, dando forma a brillantes hojas de magnolia y bayas rojas de invierno en artísticos arreglos. Cada grupo se realzaba con lazos de terciopelo en tonos joya que resaltaban sobre el verde intenso de la guirnalda.

—Un trabajo exquisito, señorita Stanton —la felicitó Eleanor mientras subía los peldaños.

La señorita Stanton se sonrojó, henchida de orgullo.

—Muchas gracias, mi lady. Quería que todo fuese perfecto para el baile.

Eleanor pasó la yema de los dedos por las cintas de terciopelo.

—Adoro estos detalles. Los colores son tan vivos.

—Pensé que añadían un toque más festivo —dijo la señorita Stanton.

Eleanor asintió.

—Le dan a las guirnaldas el remate perfecto. Asegúrese, por favor, de que la repisa de la chimenea y las arañas reciban adornos similares.

—Será un placer, mi lady —prometió la modista.

Al bajar de nuevo la escalera, Eleanor advirtió cómo la luz de las velas de los apliques del herrero se reflejaba en las hojas lustrosas de las guirnaldas y en sus bayas relucientes. Combinado con el aroma ácido del cítrico y la canela que llegaba desde las cocinas, el ambiente resultaba deliciosamente festivo.

Encontró a la señora Granger en el salón de baile, dirigiendo a los lacayos que colgaban coronas sobre cada ventana. Cada corona estaba adornada con lazos de terciopelo rojo y piñas doradas que brillaban a la luz del sol que se filtraba por los cristales empañados por la helada.

Eleanor ladeó la cabeza, evaluándolo todo.

—Creo que el salón de baile está perfecto, señora Granger. Se ha superado.

La señora Granger se tiñó de rubor, halagada.

—Es usted muy amable, mi lady.

Eleanor le dedicó una sonrisa afectuosa antes de dirigirse a las cocinas, donde encontró a la señora Sweatwater con las manos hundidas en la masa. La panadera, de figura rellena, tarareaba una alegre melodía mientras amasaba y estiraba una y otra vez la masa de los pasteles.

—Huelen a gloria, señora Sweatwater —comentó Eleanor, inspirando los dulces aromas de canela y nuez moscada.

La panadera sonrió de oreja a oreja.

—Muchas gracias, Lady Eleanor. Espero de corazón que sean un deleite para sus invitados.

Eleanor se inclinó sobre las filas de tartas y pasteles que se enfriaban sobre las encimeras: de manzana, de pera, de picadillo dulce y muchas más.

—Con tal variedad, no me cabe duda de que nuestros invitados quedarán más que mimados.

—Es, sin duda, un trabajo hecho con cariño —rió la señora Sweatwater—. Ahora, pruebe esta tartaleta de cereza. Necesito la opinión de una experta.

Eleanor aceptó la tartaleta que le ofrecía y dio un delicado mordisco. El dulce relleno de cereza estalló en su lengua.

—Señora Sweatwater, se ha superado. Esto es ambrosía.

El pecho de la panadera se hinchó de orgullo.

—Es usted demasiado generosa, mi lady.

Eleanor sonrió antes de proseguir su camino, satisfecha de que todo estuviera en orden para un baile de Nochebuena de lo más mágico.

Subió a la planta superior hasta el cuarto de costura, donde encontró a Penelope Stanton entregada a los últimos retoques de su vestido.

—Está quedando exquisito, señorita Stanton —observó Eleanor, admirando los brillantes adornos de seda y el delicado bordado del vestido de terciopelo verde.

Penelope sonrió tímidamente.

—Muchas gracias, Lady Eleanor. Espero de veras que esté a la altura de sus expectativas.

—Las supera con creces. El trabajo de pedrería, por sí solo, debe de haberle llevado una eternidad —Eleanor deslizó los dedos por el intrincado abalorio que caía en cascada por el corpiño.

—Confieso que he perdido alguna que otra hora de sueño para terminarlo, pero para usted merece la pena cada minuto de cansancio —una leve oleada de rubor subió a las mejillas de la modista.

Eleanor le apretó la mano con cariño.

—Es usted demasiado buena conmigo, Penelope. No sé qué haría sin su talento.

—Es usted muy amable, mi lady.

Sus miradas se encontraron un instante, y entre ellas pasó una chispa de amistad.

Eleanor carraspeó y dio un paso atrás.

—Será mejor que la deje continuar con su trabajo. Pero no puedo esperar a lucir su exquisita creación en el baile.

—Y será usted la reina de la velada, Lady Eleanor —respondió Penelope en un murmullo.

Con un leve susurro de faldas, Eleanor se despidió, con la anticipación creciendo en su pecho ante la velada mágica que se aproximaba.

Eleanor se detuvo en el vestíbulo para echar un vistazo a la entrada principal y encontró a su madre inspeccionando las decoraciones.

—Madre —la saludó, mientras dejaba vagar la mirada por la estancia. Todo estaba espléndidamente festivo, y sintió un cálido orgullo al ver cómo los resultados de su meticulosa planificación cobraban vida.

—Parece que lo tienes todo bajo control —dijo su madre—. Me atrevería a decir que la finca nunca ha estado tan festiva.

Las mejillas de Eleanor se encendieron ante el cumplido, y declaró:

—Creo que estamos casi listas para el gran acontecimiento. La decoración es deslumbrante, el menú, decadente. Ahora sólo nos faltan nuestros invitados, elegantemente ataviados, y el cuarteto para que todo cobre vida.

—Será el punto culminante de la temporada navideña —afirmó su madre—. Pero por ahora, descansa. Mañana nos espera un día muy ocupado, y el baile se prolongará hasta bien entrada la noche.

Eleanor asintió.

—Tiene razón, por supuesto —dijo, dando media vuelta antes de mirar de nuevo hacia ella—. Buenas noches, mamá.

—Duerme bien, cariño —respondió su madre con una sonrisa.

Eleanor se retiró a sus aposentos, se quitó las horquillas del cabello y lo dejó caer libre sobre los hombros. Se acercó a la ventana y contempló los terrenos bañados por la luz de la luna y cubiertos de nieve. Linternas alineaban el camino de entrada, listas para iluminar el trayecto de los carruajes a la noche siguiente. Los árboles brillaban, adornados con cristales y cintas de terciopelo. Era un verdadero paisaje invernal de ensueño.

Llamaron a la puerta y su doncella entró.

—El baño está preparado, mi lady.

—Gracias, Lucy.

Eleanor se deslizó en el agua fragante y humeante con un suspiro de satisfacción. Mientras se relajaba, su mente voló hacia Lord Rockingham. ¿La encontraría hermosa a la noche siguiente, con el vestido que él había comprado? ¿Se atrevería siquiera a ponérselo? ¿Compartirían un baile? El corazón se le aceleró ante la mera posibilidad.

Imaginó el salón de baile lleno de parejas girando, la orquesta interpretando una animada danza. La risa fluiría junto con el champán. Casi podía oír el murmullo de las voces y el roce de las zapatillas sobre el parqué.

Al salir del baño, permitió que su doncella la secara antes de deslizarse en un suave camisón y meterse en la cama.

Mientras Eleanor se dejaba arrullar por el sueño, imágenes del baile revoloteaban en su mente. En sólo unas horas, la finca cobraría vida con la alegría de la Navidad. Apenas podía esperar a que empezaran las celebraciones.

CAPÍTULO 5



El corazón de Eleanor latía con un aleteo de anticipación. En cualquier momento, el carruaje que traía a sus más queridas amigas doblaría la curva del camino cubierto de nieve. Cuánto había echado de menos la risa contagiosa de Lydia y el ingenio afilado de Beatrice. La temporada navideña sería terriblemente aburrida sin ellas.

Por fin, el ansiado carruaje apareció traqueteando a la vista. Eleanor atravesó la mansión a toda prisa, haciendo caso omiso de las suaves amonestaciones de su madre sobre el decoro. Abrió de par en par las puertas de roble justo en el momento en que Lydia descendía en una explosión de faldas color carmesí y piel de sable, seguida de Beatrice, igualmente resplandeciente con una capa verde esmeralda.

—Eleanor, querida mía —exclamó Lydia con su voz melodiosa, estrechándola en un abrazo feroz—. Oh, cuánto he echado de menos tu precioso rostro.

Estaba deslumbrante con un vestido de rico raso carmesí que realzaba sus curvas, y un sombrero adornado con plumas de avestruz, ladeado con descaro sobre sus rizos castaños.

Riéndose, Eleanor se separó lo suficiente para admirar el audaz conjunto de su amiga.

—Lydia, estás absolutamente arrebatadora. Las damas se escandalizarán sin remedio.

—Que murmuren tras sus abanicos. Jamás me han importado sus tediosas normas —los ojos de Lydia brillaron de picardía—. Y mira a quién he traído para aumentar aún más el escándalo.

—Eleanor, debes de haber estado completamente perdida sin nosotras —bromeó Beatrice, con sus ojos verdes centelleando—. Pero no temas, hemos venido a rescatarte de las garras del aburrimiento.

Eleanor abrazó a Beatrice con cariño.

—Bea, tu sentido de la oportunidad es, como siempre, impecable. Entrad, las dos. Debéis de estar heladas tras el viaje.

Del brazo, el trío entró en el gran vestíbulo, con sus guirnaldas de hoja perenne y sus chimeneas crepitantes.

—Se siente como volver a casa —suspiró Lydia, plenamente satisfecha—. Ahora cuéntanos todo lo que nos hemos perdido desde la última vez que nos vimos.

Mientras Eleanor guiaba a sus amigas por las estancias familiares, su propio ánimo se elevó. La presencia de Lydia y Beatrice llenaba el vacío que había dejado en ella la separación de aquellos meses. Nadie la comprendía tan por completo como sus amigas del alma. Con ellas, no tenía que fingir ser nada distinto de su yo más verdadero.

Esa temporada de Yule prometía, sin duda, mucha dicha.

Eleanor enlazó su brazo con los de Lydia y Bea mientras paseaban juntas por la galería, admirando las guirnaldas de acebo y muérdago que festoneaban las paredes.

—Tenéis que contármelo todo sobre vuestros viajes —dijo Eleanor—. Vuestras cartas no hacían justicia a vuestras aventuras.

Los ojos de Lydia chispearon.

—Oh, Eleanor, fue mágico. Recorrimos las galerías de París y vimos las ruinas de Roma. Qué libertad, poder ir adonde quisiéramos sin que ningún hombre nos dijera que no —dio una pequeña vuelta, haciendo girar sus faldas—. No puedo imaginarme atada a un marido y a sus reglas.

—Y ya sabes que Lydia consiguió encandilar a todos los artistas y aristócratas con los que nos cruzamos —intervino Beatrice con una sonrisa ladina—. Fue todo un espectáculo.

Eleanor asintió, recordando su propio compromiso roto el año anterior. Había amado a Reggie, pero con el tiempo había comprendido que deseaban cosas muy distintas.

—Eres tan valiente, Lydia —dijo con un matiz de anhelo—. Ojalá tuviera tu valor para vivir la vida a mi manera.

—Y lo tienes —Lydia le agarró las manos con firmeza—. Te negaste a casarte con Reggie cuando supiste que sofocaría tu espíritu. Sólo tú puedes decidir qué te da alegría.

Un calor reconfortante se expandió en el pecho de Eleanor. Mi querida Lydia, siempre sabía decir lo justo. Quizá Eleanor sí pudiera encontrar su propio camino hacia la felicidad.

—Ven —Lydia volvió a enlazar su brazo con el de Eleanor—. Quiero que me cuentes todo sobre lo que ocurre por aquí. ¿Algún nuevo galán del que deba estar al corriente? —sus ojos brillaron con travesura.

Riéndose, Eleanor se dejó arrastrar por Lydia y Beatrice, con el corazón más ligero que en muchísimo tiempo. Con sus amigas del alma a su lado, todo parecía posible.

La risa de Eleanor se apagó poco a poco mientras pensaba en la pregunta de Lydia sobre posibles pretendientes. Mientras Lydia abrazaba sin reservas su independencia, Eleanor seguía sintiendo el tirón de su deber de casarse algún día. Aunque había roto un compromiso, sabía que su familia esperaba que encontrara otro partido.

—Me temo que, por el momento, no hay ningún galán intrigante —admitió—. Madre no deja de presentarme caballeros perfectamente adecuados, pero no siento nada cuando estoy con ellos.

Lydia asintió pensativa, con el sombrero emplumado bamboleándose.

—No se puede forzar el amor, querida. Tiene que caer sobre una como un rayo, encendiendo el alma entera.

—Y hasta que eso ocurra, más te vale disfrutar de tu libertad —añadió Beatrice—. Un matrimonio sin amor sólo te haría desgraciada.

Eleanor suspiró.

—Lo hacéis sonar tan romántico... Pero me pregunto si un amor así existe de verdad.

—Claro que existe —Lydia le apretó la mano con gesto tranquilizador—. Simplemente aún no has conocido al hombre adecuado.

Bajando la voz, añadió:

—O quizá el deseo de tu corazón vaya por otros derroteros —alzó una ceja de forma sugestiva—. ¿Acaso lo que buscas es un apasionado romance secreto?

Las mejillas de Eleanor se tiñeron de carmesí.

—Lydia —le reprochó, echando un vistazo a su alrededor para cerciorarse de que estaban solas. Por mucho que adorara el espíritu libre de su amiga, semejante franqueza aún la escandalizaba.

Lydia soltó una alegre carcajada.

—Vamos, sabes que bromeo —dijo, con los ojos chispeando de malicia.

Turbada, Eleanor balbuceó:

—Sólo tú serías capaz de hablar de esas cosas.

—Alguien tiene que hacerlo —replicó Lydia—. Pero basta de bromas. Quiero que me hagas una promesa.

Se detuvo y se volvió hacia Eleanor, de expresión repentinamente seria.

—Prométeme que no vas a cerrar tu corazón al amor. Mantente abierta a todas las posibilidades. Desafía las normas de la sociedad y sigue tus pasiones. Sólo así encontrarás la verdadera felicidad.

Eleanor sostuvo la intensa mirada de su amiga. Tal vez Lydia tuviera razón. Si deseaba algo extraordinario, tendría que arriesgarse de un modo igualmente extraordinario.

—Lo prometo —juró solemnemente.

Lydia sonrió radiante.

—Esa es mi chica valiente.

Lydia dio unos golpecitos con el abanico en el brazo de Eleanor mientras bajaban de nuevo las escaleras; los sonidos de los preparativos se hacían cada vez más intensos. Los sirvientes iban y venían a toda prisa, con los brazos cargados de bandejas de comida y bebida para sostener a los invitados durante la velada de festejos.

Al llegar al gran vestíbulo, Eleanor se detuvo a contemplar el esplendor que las rodeaba. Las bóvedas del techo casi rebosaban de guirnaldas de fragantes ramas de pino y cintas de vivos colores. Velas de cera de abeja ardían en intrincados candelabros, llenando el salón de una luz trémula.

—Ahí está, mi lady. Han llegado los músicos —anunció una joven doncella cuando Eleanor y sus amigas se acercaron.

—Muy bien. Llévelos al salón de baile y enseguida iré —dijo Eleanor, antes de volverse hacia Lydia y Beatrice—. Disculpadme un momento.

—Por supuesto —respondió Lydia, con una sonrisa que le iluminó el rostro entero—. Yo iré en busca de Lady Winthrop; aún no la he saludado. No te preocupes por mí, sabes que soy perfectamente feliz cuando me dejan a mi aire.

—Y yo pienso localizar algunos de esos deliciosos pastelitos de los que tanto he oído hablar —añadió Beatrice con una sonrisa.

—Diría que es precisamente en esos momentos cuando sois más felices, mis queridísimas amigas —comentó Eleanor.

—Touché —rió Lydia, lanzándose por el pasillo, con Beatrice pisándole los talones.

Tras asegurarse de que los músicos estuvieran instalados, Eleanor salió en busca de Lydia, Beatrice y su madre. Al entrar en el salón, vio a su madre sumida en animada conversación con Lydia, que claramente la estaba conquistando con su vivacidad acostumbrada, mientras Beatrice probaba los pastelitos.

Al acercarse, Eleanor alcanzó a oír cómo Lydia entretenía a su madre con relatos de sus viajes por el continente, incluida una estrecha escapatoria de un conde italiano empeñado en robarle la virtud.

—Querida mía, eres absolutamente incorregible —la reprendió su madre, aunque sus ojos brillaban de diversión.

—Siempre ha sido así, incluso cuando éramos unas niñas en la escuela de señoritas —intervino Eleanor con cariño, mientras abrazaba a su madre.

Su madre se volvió hacia Lydia y le tomó las manos con calidez.

—Es un honor tenerte aquí. Procura no corromper demasiado a mi hija con tus nociones escandalosas.

Lydia rió.

—Haré cuanto pueda. Ahora debo, sin falta, probar estos maravillosos pastelitos que ha preparado la cocinera —y con un guiño descarado, giró sobre sí misma en dirección a la mesa del banquete.

La madre de Eleanor negó con la cabeza, sonriente.

—Esta muchacha es un auténtico vendaval. Compadezco de veras a su pobre madre. Pero si el duque y la duquesa la aprueban, y veo que así es, ¿quién soy yo para juzgar?

Eleanor apretó la mano de su madre.

—No pretende hacer daño y ha sido una amiga excelente para mí todos estos años.

—Desde luego —convino su madre, con los ojos llenos de calidez.

A medida que avanzaba la tarde, Eleanor se sintió cada vez más agotada por los preparativos finales del baile. Buscando un respiro, se deslizó hacia la terraza que daba a los jardines helados. El aire frío resultó vigorizante, ahuyentando el cansancio que se le había instalado en los hombros. Eleanor inspiró hondo, alzando la vista hacia el cielo cargado de nubes.

—¿Huyendo de tus obligaciones? —

Eleanor se volvió y vio a Lydia y Beatrice salir para reunirse con ella, con tres vasos de *wassail* en las manos. Agradecida, aceptó uno.

—Ha sido un día muy largo, y el baile aún está por llegar —admitió Eleanor—. Pero esto es agradable. Tan tranquilo… Sólo necesito unos minutos para relajarme.

Bea asintió, apoyándose en la balaustrada a su lado.

—Este silencio es un cambio bienvenido. Por mucho que disfrute de la diversión, no me importará volver a casa y a placeres más sencillos —dijo Bea.

Eleanor estudió el perfil sereno de su amiga.

—¿Alguna vez deseas algo más? ¿Un hogar propio, una familia?

—Claro que sí, y algún día tendré precisamente esas cosas. Cuando llegue el momento adecuado —respondió Bea.

—En alguna ocasión —admitió Lydia—. Pero ningún pretendiente me ha tentado lo bastante como para renunciar a mi independencia —le dio a Eleanor un suave codazo—. ¿Y tú? ¿De verdad no hay ningún caballero capaces de agitarte el corazón? He notado un ligero brillo en tus ojos cuando te lo pregunté antes.

Un calor traicionero subió a las mejillas de Eleanor al pensar en lord Rockingham.

—Nadie digno de mención. No puedo imaginar confiar mi corazón a otro tan pronto después de Reggie.

—Ha pasado un año —Lydia enlazó su brazo con el de Eleanor—. El hombre adecuado para ti está ahí fuera, de eso estoy segura. Pero no hay prisa por casarse. Date todo el tiempo que necesites.

Bea asintió y añadió:

—Las damas tenemos ahora más opciones que convertirnos simplemente en la yegua de cría de algún hombre.

Eleanor dejó escapar una suave risa.

—¿Cómo es posible que las dos sepáis siempre exactamente lo que necesito oír?

—Para eso están las amigas del alma —replicó Lydia, apoyando la cabeza en el hombro de Eleanor—. Y ahora, vayamos a arreglarnos para el baile. No sería apropiado que tu príncipe azul llegara y te encontrara todavía con el vestido de día.

—Desde luego que no —dijo Eleanor, girándose hacia la puerta. Las mejillas se le calentaron al recordar a Alexander, lord Rockingham, y su vestido verde—. No, eso no estaría nada bien.

CAPÍTULO 6



El carruaje se detuvo con un traqueteo en el patio, y sus ocupantes se inclinaron ansiosos hacia la ventanilla. En cuanto la portezuela se abrió, Sebastian Wentworth, segundo hijo de lord Southfield, saltó al suelo, con los ojos, de un verde oscuro, brillantes de entusiasmo.

—Alexander, granuja mío —exclamó, avanzando a grandes zancadas para estrechar en un abrazo a su viejo amigo.

Aunque no se habían visto en meses, el vínculo entre ambos seguía siendo tan fuerte como siempre.

Alexander sonrió, sujetando con afecto los hombros de Seb.

—Es un placer verte, amigo mío. Me alegra muchísimo que hayas podido venir a pasar las fiestas.

En los ojos de Seb danzó una chispa traviesa.

—Ni una manada de caballos salvajes habría logrado mantenerme alejado. Además —añadió—, sé que Marion estaba deseando conocer tu nueva finca.

En ese preciso momento, lady Marion Wentworth, hija del duque de Create, descendió con gracia del carruaje. Su menuda figura y su sonrisa dulce irradiaban calidez y luz. Tomando la mano que Alexander le tendía, dijo:

—Lord Rockingham, es maravilloso estar aquí. Tendrá que darme un recorrido completo, se lo ruego.

—Será para mí un placer, lady Marion.

Mientras el trío avanzaba hacia el interior, charlando animadamente, Alexander sintió que lo embargaba una oleada de gratitud. Tras años de escándalo y desengaños, por fin tenía un lugar al que llamar hogar y amigos con quienes compartirlo. El futuro se le antojaba, en verdad, muy prometedor.

Alexander condujo a sus amigos hasta el gran vestíbulo, cuyos paneles de madera oscura y la lámpara de cristal hablaban de un gusto refinado. Cuando apareció un lacayo para tomarles los abrigos, Seb dejó escapar un silbido apreciativo.

—Vaya refugio de soltero te has agenciado. Las damas de la *ton* se desmayarán en masa en cuanto lo vean.

Alexander soltó una carcajada.

—Esperemos que encuentren más impresionante la biblioteca que la bodega —replicó, sabiendo que Seb lo pinchaba con cariño por su pasado de libertino.

—Oh, no sé yo —intervino Marion, con tono juguetón—. A algunas damas les gusta un buen vino añejo.

Los hombres rieron. Alexander se dio cuenta de lo cómodo que se sentía en su compañía, sin necesidad de fingir.

Cuando se acomodaron en el salón, la expresión de Seb se volvió más seria.

—Ahora en serio, viejo amigo, me alegra verte asentado. Este lugar te sienta bien —dijo con tono sincero.

Alexander sostuvo la mirada de su amigo.

—Gracias, Seb. Significa mucho viniendo de ti.

Comprendió que Seb se preocupaba de verdad por su bienestar. Tras años a la deriva, el apoyo incondicional de un amigo auténtico era como un ancla. Por primera vez, se permitió imaginar un futuro lleno de sentido y, quizá, incluso de amor.

Alexander sonrió con cierta ironía.

—Sé que mi reputación se me adelanta. Pero espero dejar atrás las viejas depravaciones.

Seb asintió.

—La *ton* puede chismorrear cuanto guste, pero yo siempre he sabido que hay más en ti de lo que cuentan esas historias. Lo he visto con estos ojos —se inclinó hacia delante—. Eres un buen

hombre, Alexander. Ésta es tu oportunidad de empezar de nuevo. Me complace ver que la estás aprovechando.

Alexander sintió otra oleada de gratitud por la fe que su amigo depositaba en él. Al cabo de un momento, murmuró:

—No voy a fingir que será fácil. Los viejos hábitos… ya sabes.

Clavó los ojos en el fuego, observando cómo danzaban las llamas.

—Pero estoy listo para algo real. Algo que importe.

Seb le dio una palmada en el hombro.

—Lo encontrarás. Lo sé.

Alexander respondió a la mirada seria de su amigo. En la vida doméstica asentada de Seb vislumbraba la posibilidad de su propia redención. Su amigo también había tenido un pasado de libertino, hasta enamorarse de Marion y forjar junto a ella una vida respetable. Quizá él pudiera hacer lo mismo.

El sonido de la risa de Marion los sacó de su ensimismamiento. Alexander sonrió y notó cómo se le aligeraba el corazón.

Marion entró en el salón como un torbellino, con las mejillas encendidas de emoción.

—Oh, no puedo esperar al baile —exclamó, juntando las manos, con los ojos castaños centelleando—. Será el acontecimiento de la temporada.

Alexander le dedicó una sonrisa indulgente.

—Me alegra que lo vea así, lady Marion. Quiero que mi primera Navidad aquí sea inolvidable.

—No me cabe la menor duda —Marion le dio un golpecito juguetón en el brazo—. Y así será. La mitad de las damas del condado suspiran ya por el misterioso marqués de Rockingham. Es de lo único que se habla en la aldea, a juzgar por lo que oímos durante nuestra breve parada.

—¿Ah, sí? —Alexander soltó una carcajada—. Bueno, esperemos que los chismosos no terminen decepcionados.

—No mientras yo tenga algo que decir al respecto —replicó Marion, guiñando un ojo mientras apretaba la mano de su marido—. ¿Verdad, querido?

Seb atrajo a su menuda esposa a su regazo.

—Muy cierto, amor mío. Alexander piensa impresionar, y lo conseguirá —aseguró, antes de rozar con la nariz el cuello de Marion, arrancándole una risita.

Alexander contempló a la pareja con cierta melancolía. Seb había sido antaño tan temerario y salvaje como él. Ahora vivía consagrado a Marion, con sus días de juerga muy atrás. Compartían una conexión profunda que Alexander anhelaba.

Quizá aquella Navidad, entre música y magia, encontraría a una dama capaz de encender en él una pasión semejante. Una dama con la que deseara casarse. Una mujer con la que compartir paseos en trineo a la luz de la luna, robar besos junto al fuego y calentar su cama en las noches de nieve. El corazón le dio un vuelco ante la idea. Lady Eleanor acudió a su mente y una cálida oleada se extendió por su interior.

—¿Alexander? —Marion lo observaba con atención, con una expresión cargada de conocimiento—. Pareces muy pensativo.

Alexander se recompuso y curvó los labios en una sonrisa de granuja.

—Sólo pensaba en el baile, mi lady. Y en todos los placeres festivos que promete. Me han dicho que los Winthrop organizan un baile de Navidad todos los años y que siempre es el punto culminante de la temporada.

Marion rió.

—Desde luego. Será una noche para recordar —apoyó la cabeza, complacida, en el hombro de Seb.

Alexander dirigió la mirada hacia la ventana. En algún lugar ahí fuera lo aguardaba su futuro. Sólo tenía que sacudirse el manto de granuja impenitente y abrazar un rumbo más sereno y honorable para encontrarlo. Y, demonios, que lo haría. Estaba dispuesto a ser domesticado y decidido a cumplir con su deber hacia las personas a su cargo como nuevo marqués de Rockingham.

Seb se reclinó en un sillón frente al fuego crepitante, con Marion acurrucada cómodamente en su regazo. Sonrió a Alexander cuando Marion se puso en pie.

—Vamos, Alex. Toma una copa conmigo mientras Marion se prepara para el baile —dijo, haciendo un gesto hacia la garrafa de

brandy sobre la mesita—. Estas damas tardan tres veces más que nosotros en arreglarse.

Alexander sirvió dos vasos y le tendió uno a Seb antes de acomodarse en el sillón de enfrente.

—Me alegra verte tan feliz, viejo amigo —dijo, alzando su copa—. Brindo por que esa dicha continúe.

—Y por la tuya —replicó Seb, chocando los bordes de los vasos —. Hablando de eso… ¿ha llamado alguna dama tu atención? Conozco a unas cuantas que estarían encantadas de bailar con el apuesto marqués de Rockingham.

Alexander rió entre dientes.

—Mi reputación se me adelanta, aunque no siempre para bien. Cualquier joven sensata haría bien en mantenerse alejada —bromeó, si bien sabía que había más de una pizca de verdad en sus palabras.

Seb negó con la cabeza.

—El pasado ya está hecho. Ésta es tu oportunidad de mostrarles el hombre que eres ahora: honorable, firme y leal. Mantén el rumbo y las habrás conquistado a todas antes de la Noche de Reyes.

—Tienes demasiada fe en mí —suspiró Alexander.

—Y con razón —Seb se inclinó hacia delante, con gesto intenso —. Aquel joven alocado ya no existe. Has cambiado, aunque tú todavía no lo veas. Cualquier dama sería afortunada de ganarse tu corazón.

Alexander se quedó mirando pensativo las llamas.

—Apenas me conozco a mí mismo —confesó—. ¿Cómo voy a entregar mi corazón a otra persona?

—Lo harás —afirmó Seb con seguridad—. Cuando aparezca la mujer adecuada, lo sentirás aquí —se dio un golpecito en el pecho —. Y no será cuestión de entregarle nada, porque te lo arrebatará sin pedir permiso. Así es el amor.

Alexander sostuvo la mirada sincera de su amigo.

—Gracias, viejo amigo —dijo en voz baja—. No sé qué me deparará el futuro, pero tu confianza significa el mundo para mí.

Seb le apretó el hombro con calidez.

—Para eso estamos los amigos.

—Ahora, venga, debemos vestirnos para las fiestas.

—Desde luego —asintió Alexander, cruzando el salón a paso decidido, con Seb a su lado.

Una escasa hora después, con el corazón henchido de esperanza, Alexander siguió a Seb y Marion hacia la noche bañada por la luz de la luna, dispuesto a afrontar cuanto el destino quisiera poner en su camino.

Marion apenas lograba contener la emoción mientras el carruaje avanzaba por el sendero nevado que conducía a la finca de los Winthrop. Jugueteaba con las rosas de seda que adornaban su vestido, mientras la expectación burbujeaba en su interior.

—Siéntate quieta, querida —la reprendió Seb con suavidad—. Vas a estropear ese precioso vestido antes siquiera de llegar.

—No puedo evitarlo —exclamó Marion—. Llevo esperando lo que me parece una eternidad por este baile de Navidad. Las decoraciones, la música, el baile… es pura magia.

Suspiró soñadora, y sus ojos chispearon con malicia.

—Y sé que tú también estás emocionado, Sebastian, aunque intentes disimularlo.

Seb rio entre dientes.

—Culpable —admitió—. Incluso los viejos casados necesitamos un poco de alegría navideña —le guiñó un ojo a Alexander—. Sienta bien al ánimo, ¿no es cierto?

—Indudablemente —convino Alexander con fingida solemnidad.

Por dentro, sin embargo, sentía un leve cosquilleo de nervios. ¿Estaba realmente preparado para renunciar al estilo de vida que había llevado durante tanto tiempo? ¿Sería capaz de reformarse de verdad?

Cuando el carruaje tomó la entrada de la finca Winthrop, un coro de exclamaciones de deleite llenó el interior. La imponente casa estaba engalanada con guirnaldas de hoja perenne, con velas encendidas en cada ventana. Incluso los árboles brillaban. El propio aire parecía relucir, mezcla de copos de nieve y lucecitas.

—Es impresionante —susurró Marion. Se volvió hacia Alexander, con los ojos brillantes—. Espere a ver el salón de baile. Apuesto a que será, sencillamente, magnífico.

Alexander contempló el espectáculo, con la esperanza y la expectación creciendo en su pecho.

—No lo dudo —murmuró.

Aunque apostaría a que sería lady Eleanor, con el vestido de terciopelo verde que él había comprado, quien de verdad le robaría el aliento. Si es que se atrevía a ponérselo.

Por fin, el carruaje se detuvo ante la gran entrada inundada de luz de velas. Unos lacayos con librea se apresuraron a acercarse para ayudar a descender a los ocupantes. Inspirando hondo, Alexander bajó primero y se volvió enseguida para ofrecer la mano a Marion.

Seb sonrió radiante a sus acompañantes y luego señaló la puerta resplandeciente.

—¿Entramos? —preguntó.

CAPÍTULO 7



El gran salón de baile de Winthrop House resplandecía con la cálida luz de un centenar de velas. Guirnaldas de acebo y muérdago cubrían las paredes, llenando el aire con el fresco aroma de las hojas perennes. Violines y violonchelos interpretaban una animada danza campestre mientras damas con elegantes vestidos de seda y satén, y caballeros con casacas impecablemente cortadas, giraban sobre el pulido parqué.

Lady Eleanor entró en el salón de baile deslizándose con gracia, los ojos muy abiertos al contemplar la atmósfera mágica. Había pasado semanas, bajo la atenta guía de su madre, preparando el baile y supervisando cada detalle, pero ahora que veía el resultado final, superaba con creces sus más descabelladas expectativas.

A medida que avanzaba por la estancia, los acordes de un vals se elevaron en el aire. Las parejas se reunieron, mano con mano, con la mirada puesta únicamente el uno en el otro. Eleanor sintió una punzada en el corazón al recordar la última vez que había bailado en aquel mismo salón, con un anillo en el dedo que se había revelado falso.

—Mi lady Eleanor —la llamó una voz profunda a su lado.

Se volvió para ver al señor Lucas Trumbley, un terrateniente de la zona. Sus anchos hombros tensaban la casaca negra impecablemente cortada.

—Señor Trumbley —respondió con una sonrisa—. Está usted muy apuesto esta noche.

Él soltó una carcajada.

—El mérito no es mío. Todo esto —señaló su atuendo— es obra de la señorita Stanton. Es capaz de convertir incluso a un bruto como yo en un caballero.

Los ojos de Eleanor brillaron con humor.

—Me atrevería a decir que ha obrado verdadera magia esta noche.

Cuando la música creció en intensidad, preguntó:

—¿Me concedería el próximo baile?

Lucas hizo una reverencia y tomó su mano. Al salir ambos a la pista, Eleanor se alegró de su constitución robusta y de su guía segura. Se sentía a salvo entre sus brazos.

Al concluir el baile, permanecieron allí un instante, recobrando el aliento. A su alrededor, las festividades continuaban en un torbellino de música y risas.

—Pareces feliz esta noche —observó Lucas, estudiando su rostro.

La sonrisa de Eleanor titubeó.

—Estoy intentando estarlo.

Él le dio una palmadita afectuosa en la mano.

—Has pasado por mucho. Pero esto… —hizo un gesto abarcando el salón—. Puedes sentirte orgullosa.

Eleanor parpadeó, luchando contra las lágrimas repentinas. En ese mismo momento, las cuerdas se alzaron de nuevo en otro vals y Lucas volvió a arrastrarla a la pista, librándola de la necesidad de responder. Ella dejó que la música la envolviera mientras él la guiaba en círculos seguros por la sala, con las velas y los adornos navideños fundiéndose en un hermoso caleidoscopio. Por primera vez en muchos meses, su corazón se sintió ligero.

Eleanor suspiró cuando las notas finales se apagaron. Lucas hizo una reverencia y le besó la mano antes de dejarla libre.

—Gracias por el baile, mi lady. Ha sido un placer, como siempre.

Eleanor sonrió.

—El placer ha sido mío, señor Trumbley.

Cuando él se retiró entre la multitud, Eleanor aprovechó un momento para recobrar el aliento y alisar su falda. Había elegido el vestido que lord Rockingham había comprado para ella: un elegante terciopelo verde esmeralda, con un bordado dorado que realzaba su cintura y su escote. Un colgante de diamantes centelleaba en su garganta, y unos pendientes a juego adornaban sus lóbulos. Su doncella le había recogido el cabello en un elaborado peinado, dejando caer algunos rizos sobre los hombros desnudos. Sabía que estaba en su mejor momento, y aun así el estómago se le encogía de nervios.

Aquella noche suponía su regreso oficial a la sociedad tras casi un año de duelo por su compromiso roto. Deseaba con toda el alma que los susurros en torno a su reputación hubiesen amainado. Inspiró hondo, alzó la barbilla y se volvió hacia el gentío.

Al barrer con la mirada el mar de amigos y vecinos, se le cortó el aliento. Allí estaba. Alexander, lord Rockingham, se hallaba al borde de la pista, con sus penetrantes ojos azules fijos en ella en una admiración nada disimulada.

Eleanor sostuvo su mirada con audacia mientras avanzaba por la sala. Se sentía una reina con su vestido esmeralda, una diosa que regresaba para reclamar su reino. Aquella noche era suya, y pensaba disfrutarla.

Alexander se adelantó e hizo una profunda reverencia.

—Lady Eleanor. Está usted deslumbrante —su voz era una caricia.

Eleanor hizo una graciosa reverencia, sin apartar la vista de sus ojos encendidos.

—Lord Rockingham. Qué amable es en notarlo.

Él tomó su mano y rozó sus nudillos con los labios.

—No podría notar nada más.

A su alrededor, la música comenzó de nuevo. Las parejas ocuparon sus lugares en la pista. Pero Eleanor apenas lo registraba, atrapada en el hechizo de la mirada de Alexander.

El corazón le aleteó cuando Alexander la condujo al salón de baile. Era dolorosamente consciente de las miradas envidiosas de

otras damas, que sin duda habrían dado cualquier cosa por ocupar su lugar. Pero Alexander sólo tenía ojos para ella.

Cuando la atrajo a los pasos del baile, la mano en su cintura la abrasó incluso a través de las capas de tela. Eleanor alzó la vista hacia él, de nuevo impresionada por su belleza masculina: la mandíbula firmemente cincelada, las ondas de cabello dorado, aquellos ojos azules que parecían ver directamente en su alma.

—Está exquisita esta noche —murmuró él, con la voz baja, acariciante—. Ese vestido se hizo para usted.

Un rubor tiñó las mejillas de Eleanor.

—Gracias. Tiene un gusto excelente, mi lord.

—Por favor, llámeme Alexander —su pulgar trazó círculos perezosos en la curva de su cadera—. Me parece que ya nos conocemos lo bastante para ello.

—Alexander —repitió ella en un susurro, saboreando la intimidad del nombre.

A su alrededor, el salón iluminado por velas parecía envuelto en magia, mientras los acordes de la orquesta los envolvían.

Eleanor sabía que debería mantener las distancias, conservar la cabeza fría. Pero la presencia de Alexander la embriagaba, su cercanía, su aroma, el calor de su mano sobre su cuerpo. Por primera vez en mucho tiempo, se sentía hermosa, deseada.

Cuando el baile terminó, Alexander se demoró un instante más, con los dedos deslizándose por su brazo.

—Venga, hay un ramito de muérdago en la galería este que deseo mostrarle.

Con el corazón desbocado, Eleanor se dejó guiar fuera del salón de baile. No podía resistirse a la tentación de él… ni quería hacerlo.

El pulso de Eleanor se aceleraba mientras Alexander la llevaba por un pasillo silencioso, alejándola del bullicio del salón. La música y las conversaciones se fueron apagando hasta quedar reducidas a un murmullo lejano, sustituido por el martilleo de su propio corazón.

Él se detuvo bajo un arco, donde colgaba una ramita de muérdago. Volviéndose hacia ella, le alzó la mano hasta los labios y posó un beso ligerísimo sobre sus nudillos mientras sus ojos ardían.

—Me deja sin aliento —murmuró—. Desde el primer momento en que la vi, he quedado hechizado.

Las mejillas de Eleanor se tiñeron de escarlata.

—Seguro que le dice lo mismo a todas las damas, mi lord.

—Sólo a usted —replicó con firmeza, acercándose aún más.

Eleanor percibía cada línea del cuerpo fuerte y musculoso de él, casi pegado al suyo.

—Ninguna mujer ha captado jamás mi atención como usted lo hace.

Sus dedos recorrieron lentamente su brazo, dejando una estela de fuego a su paso. Eleanor se estremeció, desgarrada entre el decoro y el deseo. Sabía que debía huir, pero sus pies parecían clavados en el suelo.

Alexander le enmarcó el rostro con la mano, alzándole suavemente la barbilla.

—Permítame besarla —susurró.

Incapaz de articular respuesta alguna, Eleanor hizo apenas un leve gesto afirmativo. Los labios de Alexander descendieron sobre los suyos en un beso que la incendió hasta la médula. Ella se derritió contra él, apoyando las manos en la firme amplitud de su pecho mientras sus brazos la rodeaban.

La besó con avidez, como si jamás fuese a saciarse de su dulzura. Eleanor se aferró a él, arrastrada por sensaciones como ninguna que hubiera conocido.

Por fin, él alzó la cabeza, los ojos oscurecidos por la pasión.

—Quiero volver a besarla. Deseo explorar la pasión que existe entre nosotros —dijo con temeraria franqueza—. Quédese conmigo.

La mente de Eleanor giró en un torbellino. Permanecer mucho más tiempo a solas con él sería su perdición, y aun así la tentación era casi irresistible.

—No puedo quedarme en la oscuridad con usted, mi lord —consiguió decir.

Alexander le acarició la mejilla con el dorso de los dedos.

—Mi dulce Eleanor, ¿acaso no siente lo que arde entre nosotros? Permítame mostrarle las cimas de placer a las que podríamos ascender juntos.

Sus palabras osadas hicieron que se le encendieran aún más las mejillas, al tiempo que despertaban deseos que apenas comprendía. Aun así, reunió toda su resolución.

—Si bien confieso que ha despertado en mí sentimientos que jamás había conocido, debo proteger mi reputación —respondió con suavidad—. El salón está lleno de invitados que notarán nuestra ausencia, si no lo han hecho ya.

Alexander suspiró, antes de inclinar la cabeza.

—Tiene razón, por supuesto. Perdóneme mi arrebato. Es sólo que usted me embriaga. No deseo tratarla como a una conquista más —levantó su mano hasta sus labios en un gesto cortés—. Puedo ser paciente. Dígame que me permitirá visitarla y podremos seguir explorando lo que hay entre nosotros.

El pulso de Eleanor volvió a acelerarse, pero inclinó la cabeza.

—Sí, mi lord. Me agradaría mucho.

Su sonrisa fue radiante. Ofreciéndole el brazo, la condujo fuera de las sombras. Cuando volvieron a la luz del salón de baile, Eleanor sintió como si flotara. Aun rodeada de la sociedad más estricta, el recuerdo de su beso seguía hormigueándole en los labios.

Eleanor echó un vistazo al opulento salón, con las mejillas aún encendidas por su apasionado encuentro con lord Rockingham. Al reintegrarse a la brillante concurrencia, advirtió las miradas curiosas y los susurros que los seguían a su paso.

—¿Los has visto salir de las sombras? —gorjeó Lady Caroline a su amiga—. Qué atrevimiento, escabullirse así los dos.

Lady Margaret asintió con gesto grave, aunque la envidia se marcaba en la tirante expresión de sus facciones.

—Acuérdate de lo que te digo, ese calavera la arruinará. Todas conocemos su reputación.

—Su nombre ya está manchado por haber roto su compromiso el año pasado. Me atrevo a decir que su reputación no soportará otro escándalo —añadió Lady Caroline.

Eleanor mantuvo la cabeza erguida, ignorando a aquellas gallinas chismosas. Sabía muy bien lo impropio que había sido su momento robado con lord Rockingham, pero no le importaba. Se sentía viva.

Al comenzar un segundo baile, Alexander la atrajo hacia sí, con la mano firmemente apoyada en el hueco de su espalda.

—Que murmuren cuanto quieran —musitó—. Yo sólo la veo a usted.

Sus palabras le recorrieron la piel como un escalofrío delicioso. Sabía que estaba jugando con fuego, pero la promesa de pasión superaba sus reservas.

Cuando el baile terminó, Eleanor hizo una profunda reverencia, tratando de dominar sus emociones. El deseo luchaba contra el decoro: su corazón la impulsaba a correr a los brazos de Alexander, mientras su mente le suplicaba prudencia. Anhelaba abandonarse a él de nuevo, sentir sus labios sobre los suyos, sus manos recorriendo su cuerpo…

Pero no, se reprendió. Debía avanzar con cautela, cuidar su reputación y negarse al seductor canalla hasta estar segura de sus intenciones.

Mañana, se dijo, mañana sabría si él era digno de su confianza. Por ahora, debía armarse de paciencia y resistir el fuego devorador que ardía entre ambos.

Inspirando hondo, Eleanor se apartó deslizándose por la sala, con la mirada ardiente de Alexander quemándole la espalda.

Eleanor avanzó entre el brillo del salón de baile, saludando con un leve gesto a conocidos pero sin detenerse a conversar. Necesitaba aire para despejar la mente.

Cuando se acercaba a las puertas acristaladas que conducían a la terraza, una voz familiar la llamó.

—Ah, aquí estás, querida. Te he buscado por todas partes.

Eleanor se volvió y vio a Lydia abalanzarse hacia ella en una nube de encajes y seda, con Beatrice justo detrás, su vestido esmeralda refulgiendo a la luz de las velas. Confiaba en que fuesen las damas mejor vestidas de la sala.

—Lydia, Bea, hola —saludó Eleanor con calidez, abrazando a sus amigas—. ¿Estáis disfrutando del baile?

—Muchísimo. Aunque no tanto como tú, por lo que parece —replicó Lydia con una sonrisa cargada de intención—. Ese lord

Rockingham es todo un granuja irresistible. Y la forma en que te miraba…

Eleanor se sonrojó.

—Calla, que puede oírte.

—Oh, que lo haga —rió Lydia—. Quizá eso le espolee a actuar. Te juro que, si un hombre me mirase de ese modo, lo arrastraría al armario más cercano y le robaría más de un beso apasionado.

—Lydia —exclamó Eleanor, escandalizada, antes de echarse a reír.

—¿Qué? Sólo digo la verdad —replicó Lydia, guiñando un ojo—. Ahora, vamos. Muero de sed. Tomaremos ponche y nos lo cuentas todo sobre ese lord tuyo.

Beatrice intervino:

—Sí, Eleanor, exigimos todos los detalles jugosos. No puedes dejarnos en suspenso después de semejante espectáculo.

Del brazo, las tres amigas cruzaron el salón de baile. Eleanor sonreía para sí, agradecida por la singular perspectiva de Lydia y Bea. Tal vez tuvieran razón, y había llegado la hora de que Eleanor dejase de lado tanta cautela.

Eleanor se acomodó en un sillón mullido del salón pequeño, agradecida por unos momentos de respiro lejos del salón abarrotado. Lydia se sentó en el diván de enfrente, con dos copas de ponche de cristal en la mano, mientras Beatrice se instalaba a su lado con un brillo travieso en la mirada.

—Toma —dijo Lydia, alargando una copa a Eleanor—. Esto te ayudará a recuperar fuerzas después de tanto bailar.

Eleanor la aceptó con una sonrisa.

—Gracias. Confieso que estoy bastante molida.

—Lógico, después de cómo lord Rockingham te ha hecho volar por la pista —comentó Lydia, con los ojos chispeando—. Cuéntame, ¿cómo lo conociste?

Los pensamientos de Eleanor volaron a aquel encuentro casual en la plaza del pueblo.

—Fue pura casualidad —respondió—. Nuestros caminos se cruzaron durante un paseo.

Beatrice se inclinó hacia delante.

—Qué romántico. Aunque no me sorprende. Con tu belleza, los caballeros siempre han caído rendidos a tus pies.

—Oh, cállate —la reprendió Eleanor, aunque sonrió ante el cumplido.

—Sólo digo la verdad —insistió Bea—. Ese hombre está perdidamente enamorado. Lo vi en la forma en que te miraba, como si fueses la única mujer en el mundo.

Un cálido resplandor se encendió en el pecho de Eleanor al recordar la intensidad de aquella mirada, azul y apasionada, clavada en ella hasta hacerla estremecer.

—Es... bastante apuesto —admitió en voz baja—. Y cuando bailamos, fue como si… como si todo lo demás desapareciera. Como magia.

—Entonces debes volver a verlo —dictaminó Beatrice.

Eleanor se mordió el labio.

—No sé si es sensato. ¿Y si me rompe el corazón como hizo Reggie?

Lydia se inclinó hacia delante, de expresión repentinamente seria.

—No puedes permitir que la necedad de un hombre te impida encontrar el amor de nuevo.

Beatrice asintió con vehemencia.

—Lydia tiene razón. Te mereces ser feliz, Eleanor. No dejes que el miedo te detenga.

Quizá las dos tuvieran razón. Eleanor había levantado muros en torno a su corazón, pero Alexander empezaba a derribarlos con su encanto y su pasión. Tal vez había llegado el momento de dar un salto de fe.

—Está bien —cedió por fin—. Le daré una oportunidad.

Lydia irradiaba satisfacción.

—Excelente. Lord Rockingham será la envidia de todos los caballeros de Inglaterra cuando conquiste tu corazón.

Eleanor se sonrojó ante la idea. Con el ánimo renovado por el apoyo incondicional de sus amigas, sintió una determinación nueva de abrazar las posibilidades del amor y de la felicidad.

CAPÍTULO 8



La señora Prudence Simmons se asomó entre el seto, los ojillos brillando de picardía. Había divisado a lady Eleanor y a lord Rockingham paseando por el sendero cubierto de nieve, las cabezas inclinadas en animada conversación en voz baja.

—Vaya, vaya, ¿qué tenemos aquí? —murmuró, estirando el cuello para captar sus palabras.

Aquello era una jugosa oportunidad que no podía dejar escapar. Como autoridad autoproclamada en cotilleos y escándalos del pueblo, consideraba su deber descubrir cualquier devaneo impropio.

Eleanor miró por encima del hombro antes de hablar en voz queda.

—Alexander, debo confesarte que, desde tu llegada, siento como si mi corazón tuviera alas.

Una sonrisa jugueteó en los labios de Alexander.

—Mi adorada Eleanor, jamás he conocido a nadie que incendie mi alma como lo haces tú. Tu belleza me persigue en sueños.

Alargó la mano y le acarició la mejilla con ternura.

Prudence ahogó un jadeo, con la mente desbocada. ¿El nuevo marqués y lady Eleanor? ¡Aquello sí que era escandaloso! Podía imaginar ya el revuelo que semejante noticia causaría, especialmente teniendo en cuenta el compromiso roto de lady Eleanor el año anterior. Su próximo círculo de costura herviría con risitas escandalizadas y susurros indignados.

Mientras los pensamientos de Prudence giraban en torno a las deliciosas posibilidades, Eleanor y Alexander siguieron su paseo, ajenos por completo a su atenta mirada y a su fino oído. Avanzaron hacia una fuente helada, la viva imagen del amor naciente.

Prudence se frotó las manos, exultante. Aquel bocado de chisme era demasiado tentador como para no compartirlo. Se encargaría de que todo el pueblo estuviera al corriente del atrevido encuentro de la pareja antes del anochecer. Aquello iba a ser la historia más jugosa de su vida.

Prudence apenas podía contener la emoción cuando se alejó de su escondite. Había encontrado oro en forma de escándalo. Ese rumor haría correr ríos de tinta y de lenguas durante meses. El granuja y la coqueta. Sólo de pensarlo…

Se encaminó hacia la plaza del pueblo, escudriñando con ansia en busca de rostros conocidos. Al divisar a su amiga Beatrice saliendo de la panadería, Prudence se apresuró hacia ella.

—Beatrice, no te imaginas lo que acabo de presenciar —exclamó, bajando la voz en tono conspiratorio.

Beatrice parpadeó, sorprendida.

—Dios mío, Prudence, ¿qué ocurre?

—He visto al nuevo marqués de Rockingham en una posición de lo más comprometedora con lady Eleanor Winthrop —reveló Prudence.

Los ojos de Beatrice se agrandaron.

—¡No! Seguro que no. Si apenas acaba de llegar al pueblo.

Prudence asintió, ufana.

—Sea como fuere, parecían de lo más familiarizados el uno con el otro. Susurrando palabras de amor y abrazándose en el parque. Es, sin duda, un escándalo.

—Santo cielo —murmuró Beatrice, llevándose la mano a la boca —. No debemos difundir chismes ociosos, Prudence.

—No son chismes, los he visto con estos ojos —insistió Prudence —. Recuerda mis palabras: esto será la comidilla del condado antes del anochecer.

Prudence se alejó a toda prisa, dejando a Beatrice negando con la cabeza, consternada. Recorrió el pueblo de un lado a otro,

deteniéndose para susurrar al oído y transmitir su impactante relato. Dondequiera que iba, dejaba tras de sí exclamaciones de incredulidad y chasquidos reprobatorios de lengua.

Al caer la tarde, el supuesto encuentro clandestino de Eleanor y Alexander estaba en boca de todos los vecinos. Cuando Prudence regresó a casa, se frotó las manos con satisfacción. Su labor estaba hecha, los rumores corrían libres. Aquello iba a provocar un buen revuelo.

Eleanor tarareaba para sí mientras arreglaba un ramo de flores invernales, ajena al caos que se estaba desatando en el pueblo. La conversación con Alexander había levantado su ánimo, un bienvenido respiro a su melancolía.

Aspiró el aroma a pino y canela que aún se aferraba a sus guantes tras su paseo por el parque. Alexander había demostrado una amabilidad y una comprensión que escaseaban en su antiguo prometido.

Unos golpes en la puerta apartaron a Eleanor de sus pensamientos.

—Adelante —llamó.

La señora Hargrove entró, retorciéndose las manos.

—Perdone que la moleste, mi lady, pero me temo que corre por el pueblo cierto comentario desagradable.

El ceño de Eleanor se frunció.

—¿A qué se refiere?

—Parece que la señora Simmons la vio a usted y al marqués en el parque esta mañana. Está propagando horribles rumores que insinúan… impropiedades entre ambos.

—¿Qué? Eso es indignante —exclamó Eleanor, poniéndose en pie de un salto.

Empezó a pasearse, agitada, mientras la señora Hargrove le relataba el vil chisme que barría el pueblo.

—¿Se ha enterado madre?

—No, mi lady. Aunque temo que es sólo cuestión de tiempo antes de que el cotilleo llegue a sus oídos.

Aquello podía arruinarla. La mente de Eleanor echó a correr, pensando en Alexander. Estaba esforzándose tanto por escapar de

su turbio pasado y empezar de nuevo. ¿Lo condenarían sin darle siquiera oportunidad de defenderse?

Reforzó su determinación. No permitiría que aquel rumor malicioso prevaleciera.

Eleanor reunió el valor y ordenó que preparasen el carruaje. Tenía que hablar con Alexander. Juntos trazarían un plan para contrarrestar esas mentiras. Sólo esperaba que el daño no fuese ya irreparable.

Alexander paseaba de un lado a otro del salón, pasando una mano por sus ondas rubias. ¿Cómo podía haber sucedido aquello? Él y lady Eleanor apenas habían disfrutado de un agradable paseo por el parque, conversando distraídamente sobre literatura y sobre el baile. No había habido nada remotamente escandaloso en su encuentro. Y, sin embargo, según su ayuda de cámara, todo el pueblo bullía de sordas especulaciones acerca de su relación.

Se dejó caer en un sillón y se cubrió el rostro con las manos. Aquello podía arruinarlo todo. Había ido a Lancashire en busca de un nuevo comienzo, con la esperanza de dejar atrás su reputación de libertino. Pero un simple rumor sin fundamento podía manchar aún más su nombre y destruir cualquier posibilidad de aceptación y redención.

Peor aún, la reputación de lady Eleanor quedaría empañada sin culpa alguna por su parte. La ira le ardió en el pecho al pensarlo. Aquella mujer vibrante e inteligente no merecía ver su carácter puesto en entredicho.

El crujido de la puerta al abrirse lo hizo levantar la vista. Lady Eleanor atravesó el umbral, dejando atrás al mayordomo, con una doncella a su zaga y los ojos esmeralda chispeando. A pesar de su evidente ira, seguía quitándole el aliento, personificación perfecta de la belleza.

—Lady Eleanor —dijo él, incorporándose—. Supongo que ha oído…

—Cada palabra maliciosa, sí —lo interrumpió ella.

Empezó a caminar de un lado a otro, con las faldas ondeando.

—Parece empeñada en presentarnos como… como…

—¿Amantes ilícitos? —aportó Alexander con gravedad.

Un rubor delicado subió a las mejillas de lady Eleanor.

—Exactamente. Cuando nada podría estar más lejos de la verdad.

Alexander se acercó, anhelando acariciar la suave piel de ella, pero contuvo el impulso.

—Tenemos que detener esos rumores antes de que nos destruyan a ambos —dijo.

Ella alzó el mentón.

—No permitiré que destrocen nuestras reputaciones con mezquinos chismes. Plantaremos cara.

Una chispa de esperanza prendió en el pecho de Alexander. Con lady Eleanor a su lado, podría resistir cualquier tormenta de calumnias. Juntos encontrarían la manera de salir de aquello.

—Nadie que conozca su verdadero carácter creerá semejantes mentiras —la aseguró.

Ella le regaló una sonrisa radiante que hizo que el corazón se le desbocara.

—Saldríamos de esto con la cabeza bien alta.

Alexander le devolvió la sonrisa, admirando su fuerza y su espíritu. Pasara lo que pasase, defendería a aquella mujer y se mantendría orgullosamente a su lado.

Los ojos de Eleanor relampaguearon con determinación cuando abandonó la estancia, las faldas ondeando tras ella. Alexander la siguió con la mirada, hechizado por su belleza y su aplomo incluso en medio de la angustia.

Instantes después, la siguió, con la mandíbula tensada de resolución. Codo con codo, se dirigieron a plantar cara a la artífice de sus problemas: la célebre chismosa, la señora Prudence Simmons.

La encontraron en su salón, tomando té y bollitos como si nada. Al verlos entrar, pestañeó, sorprendida.

—Lady Eleanor. Lord Rockingham. ¿A qué debo el honor?

La voz de Eleanor fue puro hielo.

—Lo sabe perfectamente bien.

Los ojos de la señora Simmons centellearon.

—¿Por los rumores escandalosos? Pero, querida mía, yo sólo he repetido lo que oí.

—Ha tergiversado a conciencia una conversación inocente —dijo Alexander entre dientes—. Y ahora retirará inmediatamente esas mentiras.

La señora Simmons alzó la barbilla.

—Jamás miento, lord Alexander. No soy responsable de posibles… malentendidos.

Eleanor golpeó la mesa con la mano, haciendo tintinear el servicio de té.

—No vende más que chismorreos venenosos. Retire sus palabras o lo lamentará.

La señora Simmons se limitó a esbozar una sonrisilla, segura de sí misma.

—No lo creo. Y ahora, si me disculpan, espero visita.

Bebió un sorbo de té con calma, mientras Eleanor y Alexander le lanzaban miradas fulminantes. Al comprender que no cedería, no les quedó más remedio que retirarse.

Una vez fuera, Eleanor se aferró al brazo de Alexander.

—Es imposible. Pero limpiaremos nuestro nombre, lo juro.

Él cubrió la mano de ella con la suya.

—Juntos, mi lady, somos imparables.

Del brazo, se marcharon con la cabeza alta. La batalla distaba mucho de haber terminado.

De regreso en Winthrop House, Eleanor paseaba de un lado a otro del salón, con las faldas susurrando a cada paso.

—Esa mujer horrible. Sería capaz de zurrarla con mis propias manos.

Alexander, recostado en un sofá, aparentaba calma, aunque por dentro hervía de indignación.

—La violencia sólo empeoraría las cosas. Debemos ser estratégicos para reparar el daño que ha causado.

En ese momento, la puerta se abrió de golpe y Beatrice y Lydia irrumpieron en la habitación, con el rostro encendido.

—Mi adorada Eleanor. Hemos venido en cuanto hemos oído los espantosos rumores —dijo Bea.

Lydia tomó las manos de su amiga, con expresión grave.

—Cuéntamelo todo, para que pueda ayudarte a limpiar tu buen nombre.

Eleanor sintió una oleada de alivio al ver a sus mejores amigas. Les relató toda la historia, mientras Alexander añadía detalles aquí y allá. Lydia y Beatrice escucharon con atención, con el ceño cada vez más fruncido.

—Es indignante. Esa arpía ha ido demasiado lejos —declaró Lydia cuando terminaron.

Empezó a pasearse igual que lo había hecho Eleanor momentos antes.

—Necesitamos pruebas irrefutables de vuestra inocencia. Testigos de vuestras verdaderas actividades en el parque —los ojos de Bea se iluminaron—. El herrero. Os vio paseando juntos por el pueblo. Su palabra es intachable.

Alexander asintió, pensativo.

—Una idea excelente. Iré a verle de inmediato y obtendré su declaración.

Se disponía a marcharse cuando Lydia lo detuvo con una mano en el brazo.

—Conozco a algunas mujeres del pueblo que también estaban cerca de los jardines. Beatrice y yo hablaremos con ellas —guiñó un ojo a Eleanor—. Nunca subestimes el poder del encanto femenino.

—Iré con vosotras —dijo Eleanor.

Sintió una chispa de esperanza. Con sus queridas amigas a su lado, desenterrarían la verdad. Las tres mujeres salieron del brazo, con el ánimo alzado. La marea empezaba a cambiar.

Eleanor, Lydia y Beatrice recorrieron el pueblo a toda prisa, deteniéndose a hablar con cualquiera que pudiera haber presenciado las inocentes actividades de Eleanor y Alexander aquel día. Aunque muchos habían oído los venenosos rumores de la señora Prudence Simmons, ninguno pudo corroborar sus afirmaciones.

Lydia, encantadora y persuasiva, fue reuniendo una declaración tras otra en favor de Eleanor. La costurera confirmó la prueba del vestido de aquella mañana. La panadera certificó la compra de

dulces para los niños. El mercero recordó haberla visto paseando con su doncella.

Cuando regresaron a la mansión, el ánimo de Eleanor se había elevado considerablemente. Alexander, junto con lord y lady Wentworth, los esperaba con una sonrisa triunfal.

—El herrero ha sido categórico en su relato de nuestro paseo matutino —anunció—. Su palabra tiene mucho peso.

—Como también lo tienen los testimonios de medio pueblo —añadió Lydia, satisfecha.

Eleanor suspiró aliviada.

—Sin duda, esta montaña de pruebas obligará a la señora Simmons a retractarse.

La expresión de Alexander se endureció.

—Me encargaré personalmente de que así sea.

Poniéndose el abrigo, salió de la mansión a grandes zancadas, seguido de cerca por las damas. El estómago de Eleanor se encogió de nervios, pero mantuvo la cabeza erguida.

El trayecto hasta la casita de la señora Simmons estuvo cargado de determinación. Alexander aporreó la puerta. Instantes después, la propia señora Simmons apareció, pestañeando sorprendida al ver el pequeño grupo en su escalón.

—¿Qué significa esto? —farfulló.

—Significa, señora, que sus falsos rumores terminan hoy —la voz de Alexander resonó con autoridad.

La señora Simmons palideció ligeramente, pero alzó la barbilla.

—No tengo idea de qué me hablan. Buenas tardes.

Se disponía a cerrar la puerta, pero Alexander la detuvo con la mano.

—Hemos reunido pruebas incontestables de nuestra inocencia. Retirará sus mentiras de inmediato.

—O afrontará las consecuencias —añadió Lydia—. No olvide que soy la querida hija de un duque. Mi influencia se deja sentir allí por donde voy.

Sonrió con dulzura, pero en sus ojos brillaba un destello peligroso.

La señora Simmons frunció el ceño, la vacilación cruzando fugazmente por su mirada. La verdad la había alcanzado, pero su tozudo orgullo seguía en pie.

CAPÍTULO 9



El corazón de Alexander latía con fuerza mientras se acercaba a la gran finca de los Winthrop. La extensa mansión se alzaba ante él, un imponente edificio de piedra avejentada y robusta madera de roble. Vaciló ante las altas puertas principales, con el sudor perlándole la frente a pesar del frío invernal. No podía imaginar que lady Winthrop lo hubiera hecho llamar para ofrecerle una taza de té agradable.

Tras inspirar hondo para darse valor, agarró el llamador de bronce labrado y golpeó con firmeza. El sonido resonó en los silenciosos salones del interior. Después de un momento que se le hizo eterno, la puerta chirrió al abrirse, revelando al mayordomo y, junto a él, el rostro severo de lady Winthrop.

—Mi lord —entonó ella con frialdad.

Alexander hizo una profunda reverencia.

—Lady Winthrop. Es un placer verla de nuevo.

Los labios de ella se fruncieron en una fina línea mientras lo examinaba.

—Ojalá pudiera decir que lo mismo de usted. Me ha puesto en una posición muy difícil con su constante persecución de mi hija. Su reputación no habla en su favor.

Herido por aquella desaprobación tan directa, Alexander se irguió.

—Con todos los respetos, los rumores y los chismes no reflejan la auténtica naturaleza de un hombre.

—Palabras bonitas —replicó ella con sequedad—. Pero Eleanor necesita algo más que palabras bonitas en un marido. Necesita honor, fidelidad y firmeza. Cualidades que, según lo que se dice de usted, parecen faltarle.

Alexander sostuvo sin pestañear la mirada acerada de ella.

—Entiendo sus reservas, mi lady. Pero si mira más allá de las apariencias, encontrará a un hombre digno de la mano de su hija. Sólo le pido la oportunidad de demostrárselo.

Lady Winthrop apretó los labios, claramente poco impresionada. La tensión entre ambos era palpable; un verdadero pulso de voluntades mientras se enfrentaban en el umbral en penumbra.

—He oído más que suficiente en el poco tiempo que lleva en Lancashire. Y, por su culpa, la reputación de mi hija ha sido puesta en entredicho. No puede permitirse otro escándalo y no me quedaré de brazos cruzados mientras usted provoca uno. Es un libertino y un granuja. Todo el mundo lo sabe.

Alexander no pudo evitar encogerse ligeramente ante aquellas palabras. Había llegado a Lancashire decidido a dejar atrás su pasado y forjarse una vida mejor, y seguía decidido a hacerlo.

—La señora Simmons se retractó de sus habladurías. Ni lady Eleanor ni yo hicimos nada impropio. Mis intenciones hacia su hija son honorables.

—Aun así, por culpa de su reputación manchada, los rumores se han creído con facilidad —replicó lady Winthrop, el desprecio brillando en su mirada—. Manténgase alejado de mi hija.

Alexander deseó seguir discutiendo. Quería que lady Winthrop viera que había cambiado, que era digno del respeto… digno de Eleanor. Pero el hielo en los ojos de ella le dijo que no conseguiría hacerle cambiar de opinión sólo con palabras.

Se inclinó en una reverencia, se dio media vuelta y se marchó, con la puerta cerrándose de un portazo a sus espaldas.

El aliento de Eleanor se alzaba en nubecillas blancas mientras cruzaba a hurtadillas los terrenos helados; el crujido de la nieve bajo sus pies le parecía ensordecedor en la quietud de la noche. Con la capa bien ceñida contra el frío, miró por encima del hombro, el corazón golpeándole el pecho ante la idea de ser descubierta. Pero

la casa permanecía a oscuras, sin una sola vela encendida en las ventanas.

Estaba completamente sola; el silencio sólo se veía interrumpido por el frenético martilleo de su propio pulso en los oídos. Más adelante, entre las ramas desnudas de los árboles, distinguió el cálido resplandor de la mansión de Alexander, que la llamaba como un faro en la oscuridad. Aceleró el paso, tropezando casi en su prisa. Tenía que verlo, tenía que hacerle comprender que, por mucho que dijera su madre, ella encontraría la manera de que estuvieran juntos.

El viento arreció, mordiéndole las mejillas, pero siguió avanzando, con la vista fija en la luz que la guiaba. Se imaginó a Alexander esperándola, con sus fuertes brazos listos para envolverla en su calor. La idea hizo que un anhelante estremecimiento la recorriera y mantuvo a raya el frío.

Por fin alcanzó el muro del perímetro de la finca. Con dedos temblorosos, descorrió el pestillo de la puerta lateral y se deslizó al interior, moviéndose entre las sombras en dirección a la entrada principal. Sabía que era una locura, arriesgarse a la ira de su madre y a la ruina. Pero no le importaba. Su corazón pertenecía a Alexander. Alzó la mano y llamó a la puerta; el sonido pareció reverberar en todo el entorno silencioso.

Eleanor contuvo la respiración, escuchando con atención cualquier indicio de movimiento en el interior. Los segundos se estiraron hasta hacerse eternos; el único sonido era el rápido latir de su corazón en sus oídos. La duda empezó a asomar. ¿Y si él no estaba en casa? ¿Y si todo aquello había sido un error?

Justo cuando la desesperación amenazaba con apoderarse de ella, la puerta chirrió al abrirse. Alexander apareció en el umbral, con una mezcla de sorpresa y alegría encendiéndole el rostro.

—Eleanor —susurró, pronunciando su nombre como una plegaria.

Antes de que ella pudiera responder, la atrajo con rapidez al interior y cerró la puerta tras ellos.

Sus labios encontraron los de ella en un beso abrasador que le robó el aliento. Todo el miedo y la incertidumbre se disolvieron, sustituidos por la gloriosa sensación de su boca reclamando la suya

con un hambre posesiva. Su cuerpo se amoldó al de él, encajando como si fueran dos mitades de una misma alma.

Cuando por fin el beso terminó, Alexander apoyó la frente en la de ella, con los ojos oscurecidos por el deseo.

—Temía que tu madre te mantuviera alejada de mí —murmuró con voz ronca.

—Jamás —respondió ella, entrelazando los brazos en torno a su cuello—. Te amo, Alexander. Sólo a ti. Nada podría mantenerme alejada.

Él emitió un sonido grave, cargado de deseo, y volvió a besarla, empujándola suavemente contra la pared. Sus manos recorrieron su cuerpo con audacia, posesivas, haciéndola temblar y estremecerse de necesidad. Eleanor supo entonces que estaba dispuesta a entregarse a él, a la prudencia que la condenaran. Lo único que importaba era estar con el hombre al que amaba.

Alexander se apartó un poco, respirando entrecortadamente.

—Mi amor, por mucho que te desee, no puedo tomar tu virtud hasta haber puesto todo esto en orden. Hasta haberte tomado por esposa.

Eleanor dejó escapar un suspiro, con el cuerpo ardiendo de deseo insatisfecho.

—Sabes que madre jamás te aceptará. Está decidida a casarme con alguien de su elección.

—Tal vez todavía no, pero pienso hacerla cambiar de opinión —dijo Alexander con resolución—. Probaré que soy digno de ti, cueste lo que cueste.

Tomó las manos de ella entre las suyas, con la mirada azul ardiendo de intensidad.

—Te lo juro, Eleanor: me convertiré en el hombre que mereces. Sé que tengo un pasado oscuro, una reputación de vicioso. Pero desde que te conocí, he cambiado. Me haces querer ser mejor.

Las lágrimas brillaron en los ojos de Eleanor.

—Oh, Alexander, ya eres ese hombre. ¿Es que no ves cuánto has cambiado?

—No lo suficiente —replicó con fiereza—. No hasta que tu madre me vea como algo más que un granuja indigno de su preciosa hija.

Eleanor esbozó una sonrisa temblorosa.

—Entonces la convenceremos, juntos.

Alexander la atrajo a su pecho y besó la parte superior de su cabeza.

—Juntos —repitió—. Sea cuales sean las pruebas que nos aguarden, las afrontaremos como uno solo.

—Siempre —dijo Eleanor.

Se alzó de puntillas y posó un beso en la línea de su mandíbula.

—Si te niegas a huir conmigo, debo regresar antes de que madre note mi ausencia y se enfurezca aún más.

Alexander asintió.

—Vuelve deprisa y no te atormentes. Le demostraré a tu madre cuánto te amo. Ganaré su favor y, cuando lo consiga, me casaré contigo.

Poco después, Eleanor se detuvo ante la puerta de los aposentos de su madre, esforzándose por controlar la respiración antes de alzar la mano temblorosa para llamar.

—Adelante —llegó la seca respuesta.

Lady Winthrop estaba sentada muy erguida, con la boca en una fina línea. Eleanor avanzó con paso suave, las faldas rozando la alfombra oriental.

—Madre, he venido para que me escuche.

Lady Winthrop arqueó una ceja.

—¿Ah, sí? ¿Y qué hay que comprender, exactamente, sobre coquetear con libertinos y granujas?

Eleanor se arrodilló ante su madre y le tomó las manos con fervor.

—Alexander es mucho más que su reputación. Ha conocido dificultades, pero sigue siendo bondadoso. Por favor, debe darle una oportunidad.

Lady Winthrop apretó los labios.

—Hombres como él no cambian. Te utilizará y luego te desechará cuando le convenga.

—Se equivoca —suplicó Eleanor—. Si pudiera vernos juntos, si escuchara la sinceridad de su voz cuando habla de un futuro conmigo…

Lady Winthrop negó con la cabeza.

—No permitiré que mi única hija quede encadenada a ese truhán. No sabes nada de los hombres y sus engaños.

—Pero sí conozco mi propio corazón —susurró Eleanor—. Le amo, madre.

La expresión de lady Winthrop se suavizó apenas. Eleanor aprovechó para insistir.

—¿No podría reconsiderarlo, aunque sólo fuera por mí, por la felicidad que podría encontrar como esposa de Alexander? Se lo ruego, déjele la oportunidad de demostrar que es digno.

Cayó un silencio denso. Eleanor contuvo el aliento, sin atreverse apenas a esperar. Por fin, lady Winthrop soltó un suspiro.

—Muy bien. Haré una visita a lord Rockingham. Pero —añadió con brusquedad—, si no logra convencerme de su sinceridad, pondrás fin a este idilio de inmediato.

La alegría se desbordó en el pecho de Eleanor.

—Le dije que todo saldría bien. Oh, gracias, madre.

La abrazó, mientras la esperanza y la expectación por su futuro con Alexander florecían en su interior como flores de primavera tras el rigor del invierno.

CAPÍTULO 10



La biblioteca era el refugio de Alexander. De pie frente a la chimenea, con los brazos cruzados, observaba las llamas danzantes. Su calor no bastaba para disipar el frío que se le había instalado en el pecho.

La puerta se abrió de golpe y Lady Winthrop irrumpió sin anunciarse, casi arrollando a su mayordomo. El susurro de su vestido de seda fue la única advertencia antes de que lo atravesara con la dureza de su mirada.

—Bien, mi lord —espetó—. ¿No tiene nada que decir en su defensa?

Alexander sostuvo aquella mirada desafiante con expresión neutra.

—No tenía entendido que necesitara explicarme, Lady Winthrop.

—Oh, en absoluto —replicó ella, entrelazando las manos delante de sí, los labios apretados—. Pensé haber dejado mis sentimientos perfectamente claros. Le prohibí acercarse a mi hija de nuevo. Y, claramente, lo ha hecho.

La mandíbula de Alexander se tensó. El fuego crepitó ruidosamente en el silencio.

—Con todos los respetos, Eleanor es lo bastante mayor como para tomar sus propias decisiones.

Los ojos de Lady Winthrop relampaguearon.

—Eleanor es inocente. No sabe nada de hombres como usted, que sólo se preocupan por su propio placer, sin importarles las vidas que destruyen —dio un paso hacia él, sin apartar la mirada—. No permitiré que la seduzca, como ha hecho con tantas otras.

La compostura de Alexander vaciló; la vergüenza le subió, rápida y abrasadora. Apartó la vista, clavando los dedos en sus propios brazos. Tenía razón, por supuesto. Su pasado estaba plagado de arrepentimientos, de corazones rotos por su descuidada depravación. No era en absoluto digno de alguien como Eleanor.

Y, sin embargo, por primera vez en su vida, anhelaba ser un hombre mejor.

Alexander inspiró hondo, reuniendo valor antes de volver a alzar la mirada hacia Lady Winthrop.

—Tiene razón acerca de mi pasado. He cometido errores terribles, he herido a quienes debería haber apreciado —hizo una pausa, con la vergüenza y el remordimiento agitándose en su interior—. Pero Eleanor… —su nombre salió en un susurro de sus labios—. Ella me hace ver al hombre que podría ser, al hombre en que deseo convertirme. Sé que no la merezco, todavía no, pero pienso pasarme la vida intentándolo, si ella me lo permite.

Lady Winthrop lo observó con atención, una fugaz sorpresa asomando a sus ojos. Abrió la boca para responder, pero Alexander continuó, incapaz de contener las palabras urgentes que pugnaban por salir.

—Permítame demostrarle quién soy, a usted y a Eleanor. Le juro por mi honor que jamás la heriré, que nunca seré menos que el hombre que ella cree que soy —dio un paso hacia delante, con la voz quebrada por la emoción—. Concédame la oportunidad de mostrarles al hombre en que puedo convertirme con su amor como guía. Se lo ruego.

Cayó un silencio pesado, profundo. El fuego chisporroteaba, los troncos se acomodaban. Lady Winthrop lo miró, el rostro inescrutable. Durante un largo instante, ninguno de los dos se movió.

Al final, ella inclinó apenas la cabeza.

—Lo consideraré.

La esperanza floreció en el pecho de Alexander. No era una aceptación, aún, pero sí un comienzo.

Soltó un suspiro que no sabía que estaba conteniendo. Era más de lo que se había atrevido a esperar.

Antes de que pudiera responder, la puerta de la biblioteca se abrió y Eleanor entró como un torbellino, con las faldas ondeando a su alrededor. Lydia y Beatrice la seguían de cerca, con la curiosidad brillando en sus ojos.

—Madre, Alexander, ¿qué está ocurriendo aquí? —preguntó Eleanor, mirando de uno a otro.

Alexander se irguió, con el corazón desbocado al verla.

—Eleanor, yo sólo… —titubeó.

Lady Winthrop compuso el semblante.

—Todo está bien. Lord Rockingham y yo sólo estábamos manteniendo una conversación sobre el futuro.

La comprensión se encendió en el rostro de Eleanor. Avanzó hasta situarse a su lado y deslizó la mano en la de él. El calor de su palma fue un bálsamo infinito.

—Madre —comenzó—, sé que sólo desea lo mejor para mí. Pero amo a Alexander con todo mi corazón. Me hace tan feliz… más de lo que jamás imaginé.

Alexander apretó sus dedos, abrumado por el amor que sentía por aquella mujer extraordinaria. Su fe en él lo humillaba.

—Creo que es un buen hombre —añadió Eleanor en voz queda—. El hombre del que me enamoré. Si tan sólo le diera una oportunidad…

Entonces Lydia dio un paso al frente y enlazó su brazo con el de Lady Winthrop.

—Escúchela, se lo ruego. Jamás he visto a Eleanor brillar como lo hace con lord Rockingham —lanzó a Alexander una sonrisa de aliento—. Hacen una pareja perfecta.

—En efecto —secundó Beatrice, con una sonrisa jugueteando en los labios.

Lady Winthrop los miró a los cuatro y luego soltó un suspiro.

—Eres tan terca como tu padre, Eleanor —dijo, aunque en su tono se percibía un dejo de ternura.

Clavó de nuevo la mirada afilada en Alexander.

—No me deje por mentirosa, lord Rockingham. Demuestre que es digno de ella.

La alegría estalló en el pecho de Alexander y se inclinó con respeto.

—Tiene mi palabra, Lady Winthrop. No se arrepentirá.

—Rezo para que así sea. Puede presentarse ante lord Winthrop con mi bendición —añadió. Luego se volvió hacia Lydia y Beatrice—. Démosles un momento de intimidad.

Lydia las condujo fuera de la estancia, dejando a Alexander y Eleanor solos tras una puerta entornada.

Eleanor soltó una risita de dicha y se lanzó a sus brazos. Mientras la estrechaba contra sí, Alexander hizo en silencio el firme juramento de pasar el resto de su vida demostrándose digno de aquella mujer increíble que le había concedido una segunda oportunidad que no merecía. Con ella a su lado, se convertiría en el hombre que ella veía en él. El hombre que ella merecía.

Eleanor se apartó un poco para mirarlo, los ojos relucientes.

—Oh, Alexander, soy tan feliz. Esto significa que podemos estar juntos.

Él le apartó con ternura un rizo rebelde de la mejilla.

—Nada podría apartarme de ti, mi amor.

Tomándole la mano, la condujo hasta el sofá junto a la chimenea. El resplandor titilante iluminó sus facciones, acentuando su belleza. A Alexander le parecía un milagro que aquella mujer exquisita lo amara a pesar de sus errores pasados.

Cuando se acomodó a su lado, tomó aire profundamente.

—Eleanor, sé que tengo mucho de lo que hacer penitencia. Mi reputación… —hizo una mueca—, no es inmerecida. Fui un necio en mi juventud, descuidado y egoísta. Pero te juro que ya no soy ese hombre.

Ella le apretó la mano en un gesto de ánimo.

—Sé quién eres, Alexander. El hombre que me hace sentir apreciada, que desafía mi mente y hace que mi corazón se acelere con sólo una mirada —un delicado rubor le tiñó las mejillas—. Subestimas tu propia bondad.

El calor se extendió por el pecho de Alexander ante aquella fe inquebrantable.

—Contigo a mi lado, siento que podría mover montañas. Pero antes… —llevó su mano a los labios y la besó con fervor—, debo enmendar las cosas aquí. Pienso pedir perdón a quienes he agraviado y demostrarme a través de actos honorables.

La alegría iluminó el rostro de ella.

—Oh, Alexander, estoy tan orgullosa de ti —exclamó, rodeándole el cuello con los brazos de nuevo.

Él la estrechó contra sí, inspirando el suave aroma a lavanda de su piel. Los rizos sedosos que le rozaban la mejilla eran tan suaves como una caricia. Cuando ella se apartó, el anhelo que ardía en sus ojos esmeralda reflejaba el suyo propio.

—Eleanor… —murmuró, antes de capturar sus labios en un beso apasionado.

Ella se derritió contra él con un leve gemido, respondiendo a su ardor mientras el deseo prendía entre ambos.

Cuando por fin se separaron, sin aliento, Alexander le enmarcó el rostro entre las manos.

—Eres mi redención, mi amor. Cásate conmigo, Lady Eleanor Winthrop.

—Sí —susurró ella.

Dominada por la emoción, le besó de nuevo, suave y dulcemente.

—Y siempre estaré a tu lado.

Lleno de esperanza, Alexander contempló a la mujer que había cambiado su vida. Con su fe y su amor, sentía que cualquier cosa era posible. Ésta era su oportunidad de reescribir la historia de su existencia.

—Hablaré con tu padre en cuanto se presente la primera ocasión. Deséame suerte, mi amor —murmuró, atrayéndola una vez más.

—No la necesitarás —susurró ella.

Y lo atrajo hacia un beso rebosante de promesas.

CAPÍTULO 11



El suave resplandor dorado de las velas iluminaba el gran salón de Netherfield Park. Guirnaldas de acebo y abeto colgaban sobre los arcos de las puertas, sus hojas oscuras y bayas rojas formando un llamativo contraste con las pálidas paredes de piedra. Los troncos crepitaban alegremente en la enorme chimenea, envolviendo la estancia en el dulce aroma ahumado de la leña de manzano, y su prometida estaba a su lado. Todo era perfecto para la celebración de la Noche de Reyes de Alexander.

Afuera, el crujido de las ruedas de los carruajes anunció la llegada de los invitados. El señor Reginald Turner, herrero del pueblo, fue el primero en bajar, extendiendo la mano para ayudar a su esposa a descender. La señora Turner, mofletuda y sonrosada, sonrió al lacayo que se apresuró a tomar su chal de lana.

—Muchas gracias, joven —dijo—. Cielos, qué preciosa está la casa.

El señor Turner soltó una carcajada y dio una palmada en el hombro del criado.

—Vaya si sí. Lord Rockingham se ha superado. Sabe cómo hacer que uno se sienta bienvenido.

Más carruajes fueron llegando, dejando salir a comerciantes y arrendatarios vestidos con sus mejores galas de fiesta. Cintas y encajes adornaban los vestidos de las mujeres, mientras los

hombres lucían chalecos bordados con hilo de plata. Risas y saludos llenaron el aire cuando viejos amigos se reencontraron.

—Señora Sweatwater —exclamó la señorita Penelope Stanton, la modista—. Es usted toda una visión con ese vestido. Las rosas de las mangas son exquisitas.

—Todo gracias a ti, querida —respondió la señora Beatrice Sweatwater, la rolliza panadera del pueblo—. Tu aguja no tiene rival.

Del brazo, las mujeres subieron los escalones. Los lacayos se inclinaron, abriendo las puertas para dejar escapar las notas de los violines y el aroma de los manjares que las esperaban en el interior.

El rostro ancho del señor Turner se iluminó.

—Bueno, ¿a qué esperamos? Juraría que veo vino especiado con nuestro nombre.

Entre vítores y risas, los aldeanos entraron en el salón de baile. Las guirnaldas brillaban, las velas resplandecían y el espíritu de la estación impregnaba cada corazón de alegre expectativa.

En el interior, lord Alexander Harrington, marqués de Rockingham, se movía entre la multitud, saludando a cada invitado.

—Buenas noches, señor Turner —dijo, estrechando con firmeza la mano del herrero.

Aunque antaño había tenido fama de granuja, Alexander había cambiado desde su llegada al pueblo. Sus ojos brillaban con sincera calidez mientras daba la bienvenida a los vecinos.

—Gracias por venir, señora Sweatwater. No me cabe duda de que sus pasteles de carne serán la estrella de nuestro festín.

La rolliza panadera se sonrojó ante el elogio.

—Es usted demasiado amable, mi lord.

Alexander asintió.

—Gracias al esfuerzo de todos ustedes esta celebración ha sido posible. Les estoy verdaderamente agradecido.

A su lado se encontraba la radiante lady Eleanor Winthrop, con sus rizos color caramelo enmarcando un rostro de elegante belleza.

—Bienvenida, señorita Stanton —dijo con calidez a la modista—. Ese vestido le sienta de maravilla.

—Muchas gracias, mi lady —Penelope hizo una reverencia, encantada por el cumplido.

Mientras Eleanor recibía a cada invitado, la mirada de Alexander se demoraba en ella. Aunque en el pasado había estado herida, se había ido ablandando a medida que conocía al verdadero hombre que se ocultaba tras su fachada de libertino. Al sorprenderlo mirándola, ella le dedicó una sonrisa coqueta que hizo que a él se le acelerara el pulso.

El aroma de castañas asadas y vino caliente llenaba el aire, mientras los lacayos circulaban con bandejas llenas de pequeños tentempiés irresistibles. Alexander tomó dos copas y le ofreció una a Eleanor. Sus dedos se rozaron, arrancándoles a ambos un destello de electricidad.

—Por los nuevos comienzos —brindó él.

—Por las segundas oportunidades —replicó ella.

Sus miradas se encontraron, hablando de un futuro lleno de posibilidades, antes de volver a mezclarse entre los invitados.

Las alegres voces de los villancicos flotaban desde el exterior mientras el crepúsculo se posaba sobre el campo. Sus melodías familiares llenaban el aire, despertando recuerdos nostálgicos en los corazones de quienes las escuchaban.

—»God rest ye merry, gentlemen, let nothing you dismay…«

Alexander observó cómo el rostro de Eleanor se iluminaba al escuchar el estribillo de los cantores, su voz uniéndose a la de ellos. Tomándole la mano enguantada, le dio un apretón afectuoso.

—Tu canto me calienta el corazón, querida mía. Hacía muchos años que no sentía así el espíritu de estas fiestas.

Un suave rubor tiñó las mejillas de ella ante aquellas palabras tan tiernas.

—Después de tanta tristeza, la esperanza vuelve a parecer posible —respondió en voz baja.

Él sonrió y la condujo hasta la puerta abierta para poder escuchar mejor a los cantores.

Bajo la suave nevada, los niños del pueblo correteaban, rebosantes de alegría. Chillidos de risa resonaban mientras las bolas de nieve surcaban el aire. Con las narices rojas y las mejillas azotadas por el viento, se arremolinaban en torno a un muñeco de

nieve cada vez mayor, adornándolo con piedras a modo de ojos y botones en la pechera.

Alexander y Eleanor contemplaban aquel jolgorio, el brazo de ella cómodamente enlazado con el suyo. Tan juguetones como los propios pequeños, él se agachó para coger un puñado de nieve y darle forma a una bola perfecta.

—¿Nos unimos a la diversión, mi lady? —preguntó, con los ojos danzando de picardía.

La sonrisa de Eleanor fue toda la respuesta que necesitaba. Sus risas pronto se mezclaron con las de los niños mientras se entregaban a los sencillos placeres de una Navidad campestre a la antigua.

Las celebraciones se prolongaron hasta la noche, mientras las velas seguían ardiendo dentro de la mansión, proyectando un resplandor cálido sobre los jardines. En el interior, el gran comedor resplandecía, preparado para el festín navideño. Guirnaldas de acebo y hoja perenne decoraban las paredes, mientras un abeto imponente hacía guardia en un rincón, sus ramas cargadas de cintas, adornos y velitas titilantes.

Alexander condujo a Eleanor al salón, el brazo de ella elegantemente apoyado en el suyo. Estaba deslumbrante con un vestido color esmeralda que realzaba aún más el brillo de sus ojos. Mientras avanzaban hacia la cabecera de la mesa, las bocas se hacían agua ante el suntuoso despliegue ante ellos.

Fuentes repletas de jamón glaseado con miel y ganso asado brillaban bajo la luz de las velas. Los cuencos rebosaban de puré de patatas cremoso, salsa rica y verduras asadas. Frutas y frutos secos relucían, acompañando una variedad de tartas y budines para el postre. Los aromas de canela, clavo y pino impregnaban el aire, prometiendo abundancia de buena comida y bebida.

—Te has superado, Alexander —murmuró Eleanor, admirada—. Este festín rivaliza con cualquiera de Londres.

—Quería que fuese algo especial para ti y para nuestros invitados —respondió él.

Mientras hablaba, sus ojos se clavaron en los de ella con un afecto silencioso. El corazón de Eleanor se agitó ante su

consideración y el cuidado que mostraba por todos los presentes.

Los invitados comenzaron a servirse y a entregarse a animadas conversaciones. Las carcajadas estallaban a menudo entre el tintinear de las copas y el suave roce de la cubertería. Eleanor y Alexander saborearon la cena junto a sus amigos y familia, envueltos en una atmósfera cálida y cordial.

A medida que avanzaba la noche, sus miradas se buscaban a menudo por encima de la mesa, con el pulso acelerándose en cada encuentro. Entre la comida, las celebraciones y la compañía, lo único que ambos anhelaban de verdad era un momento a solas.

Cuando el banquete tocaba a su fin, el salón se llenó de recuerdos entrañables y relatos de Navidades pasadas.

La señora Beatrice Sweatwater, la jovial panadera, estaba sentada junto a Eleanor y le dio unas palmaditas en la mano.

—Jamás olvidaré aquella Navidad en que usted y su madre llegaron a mi casita con cestas llenas de dulces y trajes nuevos para las niñas —dijo con calidez—. Pasábamos un mal momento aquel año, después de que mi marido enfermara. Su bondad significó el mundo para nosotros.

Eleanor sonrió, conmovida por el recuerdo.

—Sólo queríamos asegurarnos de que su familia tendría una Navidad como es debido.

Al otro lado de la mesa, el herrero Reginald Turner entretenía a varios caballeros con una historia.

—Un año, cuando lord Wentworth apenas era un muchacho, se escapó hasta mi herrería para ayudarme a herrar los caballos la mañana de Navidad —rió entre dientes—. Casi se deja el pulgar bajo mi martillo.

Seb sonrió con una mueca, mientras los hombres prorrumpían en risas.

—Estaba empeñado en demostrar que también podía ser herrero —admitió, negando con la cabeza.

La modista Penelope Stanton intervino entonces.

—Yo jamás olvidaré el baile de Navidad en que lady Lydia derramó ponche por todo el frente de su vestido y fingió que era parte del diseño.

Las risas estallaron de nuevo mientras Lydia reía también.

—Siempre he tenido talento para seguir la corriente —bromeó.

Con el paso de las horas, el calor de la amistad, el sentimiento de comunidad y el espíritu de la estación envolvieron a todos. Eleanor y Alexander se dejaron bañar por el resplandor de la velada, agradecidos por las personas a las que amaban.

Mientras las risas y la alegría llenaban el gran salón, Alexander se puso en pie y extendió la mano hacia Eleanor.

—¿Me concede este baile, mi lady?

Una sonrisa se extendió por el rostro de Eleanor mientras aceptaba, posando su delicada mano en la firme palma de él. Alexander la condujo al centro del salón mientras la pequeña orquesta atacaba un animado vals.

El brazo de Alexander se curvó en torno a la cintura de Eleanor, acercándola a él mientras comenzaban a girar y deslizarse sobre el parqué pulido. Sus cuerpos se movían al unísono, anticipando los pasos y giros del otro como si compartieran una misma mente. Las faldas color esmeralda de Eleanor se abrieron en vuelo cuando Alexander la guio en un giro elegante. Su mano reposaba firme, aunque gentil, en el hueco de la espalda de ella, guiando cada movimiento.

Recorrieron la pista, perdidos en su propio mundo privado. Los ojos de Eleanor brillaban de alegría, las mejillas sonrosadas por el baile y por la proximidad de Alexander. La penetrante mirada azul de él permanecía fija en su rostro, llena de adoración y deseo. La música y el murmullo se desdibujaron hasta que sólo parecieron existir ellos dos, unidos en una danza íntima.

Cuando el vals fue perdiendo intensidad, Alexander la atrajo todavía más hacia sí. Su pecho rozó el de él, sus manos unidas quedaron presionadas entre ambos. Se balancearon suavemente al compás de la melodía, con el pulso desbocado.

—Estás exquisita —murmuró Alexander, la voz grave y ronca. Los labios de Eleanor se curvaron en una sonrisa pícara.

—Y usted es un bailarín divino, mi lord —ronroneó ella.

Alexander sonrió con picardía.

—Bailaría contigo hasta el amanecer si el decoro lo permitiera.

Un delicioso escalofrío recorrió la espalda de Eleanor ante aquellas palabras. Cuando las últimas notas se desvanecieron, permanecieron suspendidos en el momento, ninguno de los dos deseoso de poner fin al baile.

Cuando los animados bailes y jigas se reanudaron, Alexander atrajo a Eleanor de nuevo hacia sí, con una mano apoyada con ligereza en el hueco de su espalda. A Eleanor se le detuvo el aliento ante aquel toque; la piel le hormigueó incluso a través de las capas de su vestido.

—Estás radiante esta noche —murmuró él, en un tono bajo que le hizo vibrar hasta la punta de los dedos.

—Y usted también, mi lord —replicó ella, alzando el mentón para encontrarse con la intensa mirada azul de él.

Alexander sonrió con malicia.

—Confieso que he deseado raptarte durante toda la velada —sus ojos descendieron fugazmente hasta sus labios. El pulso de Eleanor se desbocó—. ¿Te gustaría ver el invernadero? De noche está espectacular, con todas las velas encendidas.

Eleanor asintió, sintiéndose de pronto tímida. Alexander tomó su mano y la condujo fuera del gran salón. Al internarse en el corredor en penumbra, Eleanor advirtió una ramita de muérdago colgando justo encima de ellos. Sus ojos se agrandaron.

Alexander siguió su mirada hacia arriba y dejó escapar una carcajada profunda.

—Parece que nos han descubierto.

Antes de que ella pudiera reaccionar, él la atrajo a sus brazos. El aliento de Eleanor escapó en un suspiro cuando la boca de Alexander atrapó la suya en un beso abrasador. Se derritió contra él, enredando los brazos alrededor de su cuello. Su beso la dejó mareada y sin aliento.

Cuando por fin se separaron, Eleanor alzó la mirada hacia él, con los labios hinchados por el beso y las mejillas deliciosamente sonrojadas.

—Feliz Noche de Reyes, mi adorada Eleanor —susurró Alexander, ronco.

—La más feliz de todas —respondió ella, en un suspiro pleno de dicha.

La promesa de romance y pasión brillaba en sus ojos mientras volvían a perderse en otro beso prolongado.

CAPÍTULO 12



La nieve caía en copos grandes y perezosos tras los ventanales de la capilla, cubriendo los jardines con un manto blanco y resplandeciente. En el interior, el resplandor dorado de las velas proyectaba sombras danzantes sobre los muros de piedra. Lady Winthrop se ajustó el collar de perlas al cuello; su vestido de satén crujió suavemente cuando tomó asiento en el primer banco. A su lado, Lord Wentworth guiñó un ojo a su esposa, Lady Marion, que se sonrojó con encanto bajo sus guantes de encaje y su vestido azul.

—¿Cree que Eleanor llegará de verdad hasta el final esta vez? —bromeó Lydia con Lady Winthrop.

—Muchacha incorregible… —empezó a decir. Antes de que pudiera continuar, las pesadas puertas de roble se abrieron con un chirrido. Lord Winthrop entró primero, sus anchos hombros llenando el marco de la puerta mientras examinaba la estancia con una mirada protectora. Lady Eleanor entró del brazo de su padre, una visión etérea con su seda dorada y sus pequeñas perlas, los rizos color caramelo recogidos para dejar al descubierto la grácil curva de su cuello. Sus ojos brillaban de nerviosa emoción cuando se posaron en el apuesto caballero que la aguardaba en el altar, con su cabello dorado y su penetrante mirada azul, tan parecidos al misterioso hombre que le había agitado el corazón apenas un mes atrás.

Los pensamientos de Lady Eleanor se agolpaban mientras avanzaba con paso medido hacia su prometido. Lord Rockingham,

Alexander Harrington, estaba deslumbrante con su casaca azul marino y la nívea corbata de lazo. Sus ojos se fijaron en los de ella, con promesas silenciosas reflejadas en su profundidad.

—Nos hemos reunido hoy aquí… —comenzó el vicario.

Lady Eleanor apenas escuchaba las palabras, perdida en la mirada ardiente de su futuro esposo. Sintió el roce de sus dedos cuando él deslizó la alianza dorada en su mano.

—Con este anillo, yo te desposo —su voz la acarició como terciopelo.

Por fin, era suya.

El corazón de Eleanor latía con fuerza cuando los labios de Alexander se posaron sobre los suyos y la voz del vicario se desvaneció en un discreto murmullo de fondo. Aquel era el hombre que la había salvado de su pasado, que había llevado el amor a su vida, cuya mirada abrasadora incendiaba su alma. Cuando se separaron, Eleanor susurró:

—Creí que nunca te encontraría.

Alexander sonrió, rozándole la muñeca con el pulgar.

—El destino nos ha reunido —sus ojos se arrugaron de felicidad —. Ahora eres mi esposa, mi marquesa, para tenerte y sostenerte, desde hoy y para siempre.

Eleanor se ruborizó; la pasión en su voz le calentó la sangre. Había jurado no volver a casarse tras la ruptura de su compromiso, demasiado independiente para desempeñar un papel sumiso y demasiado terca para conformarse con menos que el amor verdadero. Pero Alexander era distinto: protector, pero nunca controlador; deseaba su consejo y su compañía. Con él podía ser esposa y, a la vez, espíritu libre.

Cuando se volvieron hacia los invitados que los aclamaban, Eleanor supo que su vida no volvería a ser la misma. Sonrió al reconocer los rostros de su familia y amigos más queridos en los bancos de la capilla. Guirnaldas de acebo y hiedra adornaban los pasillos, realzadas por flor de Pascua en festivos tonos rojos y verdes. Era una ceremonia sencilla, pero impregnada de magia navideña y de amor verdadero.

Apretó la mano de Alexander, reconfortada por su fuerza y calidez. El año anterior había sido una novia fugitiva, huyendo de su desdichado compromiso con Reggie, vizconde de Shewbury. Y ahora estaba allí, casada con un hombre al que apenas conocía y en quien, sin embargo, confiaba por completo.

Las mejillas de Eleanor volvieron a encenderse cuando alzó una mirada recatada hacia los invitados, esperando que su turbación no resultara demasiado evidente. Alexander le dio un apretón tranquilizador mientras avanzaban por el pasillo para recibir las felicitaciones de los presentes. Comenzaba un nuevo capítulo, lleno de esperanza, alegría y la promesa de un futuro feliz juntos.

Lady Winthrop se enjugó los ojos con un pañuelo de encaje, sobrecogida por la emoción.

—Oh, Eleanor —murmuró, abrazando a su hija—. Estoy tan feliz por ti, querida mía.

Le besó la mejilla.

—Sé feliz, Eleanor. Es lo único que pido.

Aunque en un principio había sido escéptica respecto al enlace, ni siquiera su madre, tan protectora, podía negar la alegría que irradiaba la novia.

Lydia estrechó a Eleanor en un abrazo apretado.

—Sabía que este granuja acabaría conquistando tu corazón —bromeó, lanzando una mirada juguetona a Alexander—. Cuídamela bien, Lord Rockingham.

—Con mi vida —prometió Alexander con solemnidad.

Beatrice se adelantó para darle a Eleanor su propio abrazo y susurró:

—Supe que era el hombre para ti desde el primer momento en que os vi juntos.

Separándose un poco, añadió:

—Enhorabuena a los dos.

Sebastian dio una sonora palmada en la espalda de Alex.

—Bien hecho, viejo amigo. Me atrevería a decir que la vida de casado te sienta de maravilla.

Alexander sonrió a su viejo camarada.

—Creo que tienes razón, Seb.

Sus ojos buscaron los de Eleanor; en el azul de su mirada brillaba toda una vida de promesas.

El grupo se trasladó al gran salón de baile, donde les aguardaba un suntuoso banquete. Los lacayos de librea servían champán mientras una pequeña orquesta interpretaba una animada melodía al fondo. Aunque la lista de invitados era íntima, el ambiente rebosaba alegría y celebración.

Alexander y Eleanor se sentaron uno junto al otro, las manos entrelazadas. Él se inclinó hacia ella, con el aliento cosquilleándole la oreja.

—¿Te he dicho ya lo arrebatadora que estás esta noche, Lady Rockingham?

Un agradable escalofrío recorrió a Eleanor al escuchar su nuevo título en los labios de él. Se volvió un poco hacia él, con los ojos verdes centelleando.

—Tal vez lo hayas mencionado una o dos veces, mi lord.

El pulgar de Alexander dibujó lentos círculos sobre los nudillos de ella mientras compartían sonrisas privadas. La algarabía giraba a su alrededor, aunque apenas la registraban: ninguno tenía ojos más que para el otro. Su amor era un refugio frente a la tormenta, una luz que los guiaba a casa.

La mirada de Eleanor se desviaba una y otra vez hacia las puertas que conducían fuera del salón, mientras en su interior crecía la anticipación. Moría por escaparse con Alexander y, por fin, entregarse a él por completo.

Como si leyera sus pensamientos, Alexander se inclinó de nuevo, con el aliento cálido contra su oído.

—¿Qué te parece si nos escabullimos, amor mío? Me temo que ya no puedo esperar ni un momento más para tenerte sólo para mí.

Un rubor intenso tiñó las mejillas de Eleanor, pero asintió con prontitud. De la mano, se disculparon y abandonaron la estancia.

El trayecto hasta la alcoba de Alexander pareció durar una eternidad y, al mismo tiempo, un suspiro. Cuando por fin se encontraron solos tras la puerta cerrada, Eleanor empezó a temblar, súbitamente asaltada por los nervios.

Alexander le enmarcó el rostro entre las manos, con el amor brillando en sus ojos.

—No hay motivo para temer, mi vida. Esta noche nos unimos como marido y mujer, para compartir la intimidad más profunda que dos personas pueden conocer.

Reconfortada, Eleanor se abandonó a su abrazo. Su beso se hizo más hondo; sus lenguas se buscaron mientras las manos vagaban con creciente urgencia. Las capas de ropa fueron desapareciendo entre caricias ardientes hasta que ya no quedó ninguna barrera entre ellos.

Alexander la recostó sobre las sábanas frescas y la adoró con sus manos y su boca hasta dejarla sin aliento, perdida en el deseo que él despertaba.

Los jadeos entrecortados de Eleanor llenaron la alcoba mientras las manos y los labios de Alexander recorrían su cuerpo. Cuando, por fin, se hundió en ella, la encontró cálida, dispuesta a acogerlo. Sus besos se hicieron más profundos mientras sus cuerpos se movían al unísono.

—Te quiero… —murmuró Eleanor, arqueándose contra él para recibirlo más hondo.

—Y yo a ti, aún más.

Alexander la besó de nuevo, con ardiente intensidad.

—Te necesito —roncó, con el deseo ardiendo en sus venas—. Siempre.

Eleanor respondió atrayéndolo todavía más hacia sí, hasta sentirlo por completo, cada fibra de su ser entregada a él. La cama crujía suavemente bajo sus cuerpos entrelazados, acompañando sus gemidos apasionados en la penumbra de la estancia.

Después, reposaron entrelazados en un resplandor de dicha, los dedos dibujando distraídamente trazos sobre la piel satinada. Eleanor apoyó la cabeza en el pecho de Alexander, escuchando el poderoso latido de su corazón.

—¿En qué piensas? —murmuró él, enredando un rizo de su cabello en el dedo.

Ella le sonrió.

—En que no quiero que esta noche termine nunca.

La expresión de Alexander se suavizó.

—No terminará —prometió—. Pase lo que pase, siempre estaré a tu lado, amándote.

Eleanor se acurrucó aún más, con un suspiro de satisfacción, arrullada por el compás firme de su corazón. Aquel era su lugar: en sus brazos, ahora y siempre. Se sentía querida, adorada, como el tesoro más valioso del mundo.

—Te quiero —susurró, alzando el rostro para encontrar su mirada. Los ojos de Alexander, oscurecidos por la pasión instantes antes, irradiaban ahora calidez y devoción.

—Y yo a ti, mi adorada esposa.

Depositó un beso en su frente.

—Estar contigo es como volver a casa.

Ella sonrió, con el corazón rebosante.

Mientras se dejaba vencer por el sueño, visiones de su futuro desfilaron por su mente. La risa de unos niños con la sonrisa de él y sus propios ojos. Envejecer juntos, profundamente enamorados aún tras décadas de matrimonio. Era la vida que apenas se había atrevido a soñar, y ahora estaba a su alcance.

Cuando la luz de la mañana se filtró entre las cortinas, Eleanor despertó y encontró a Alexander mirándola, apoyado en un codo.

—Buenos días, amor mío —murmuró.

Y supo entonces que todas las mañanas del resto de su vida empezarían de la misma manera: llenas de alegría, pasión y la promesa de un futuro luminoso a su lado.

Había encontrado a su amor verdadero. Su siempre y para siempre.

EPÍLOGO



La siguiente Navidad…

Lady Eleanor estaba de pie junto al gran ventanal que dominaba los terrenos nevados de Winthrop House, la mansión ancestral de su familia en las escarpadas colinas de Lancashire. La antigua casa de piedra estaba engalanada con guirnaldas de acebo, hiedra y muérdago, sus tonos profundos formando un llamativo contraste con la fachada gris. Velas titilantes enmarcaban los ventanales, proyectando un cálido resplandor sobre la nieve recién caída.

A pesar de los adornos festivos, el corazón de Eleanor se sentía pesado, lastrado por los recuerdos de tribulaciones pasadas. Su compromiso roto, los constantes intentos de su madre por casarla, los susurros y miradas de quienes disfrutaban con el chismorreo. Un suspiro cansado se le escapó de los labios mientras deslizaba un dedo por el cristal helado.

—¿Mi lady?

Eleanor se volvió para ver a la señora Hargrove, el ama de llaves de la familia desde hacía muchos años, que la observaba con ojos bondadosos. En sus manos regordetas sostenía una bandeja de pastas navideñas glaseadas, cuyos aromas dulces a canela y nuez moscada perfumaban el aire.

—Tome una, querida. Los dulces de la señora Sweatwater jamás fallan a la hora de levantar el ánimo.

Una leve sonrisa curvó los labios de Eleanor al escoger una galleta en forma de copo de nieve. La masa quebradiza y mantecosa se le deshizo en la lengua, dulce y delicada.

—Gracias, señora Hargrove. Haga saber a la señora Sweatwater mis cumplidos, se lo ruego. Su repostería no tiene rival, ni siquiera en los días más difíciles.

—Ánimo, mi lady. Cada amanecer trae un nuevo comienzo —dijo la mujer, guiñándole un ojo.

Con un ligero balanceo, el ama de llaves se alejó, dejando a Eleanor saboreando la galleta y reflexionando sobre aquellas palabras de esperanza.

Eleanor volvió la mirada a los jardines cubiertos de nieve, perdida en sus pensamientos mientras apuraba las últimas migas del dulce. Las amables palabras de la señora Hargrove resonaban en su mente, aunque le costaba desterrar los recuerdos persistentes.

Unos brazos fuertes la rodearon por detrás cuando Alexander la atrajo a su abrazo. Eleanor se relajó contra la calidez sólida de su pecho, reconfortada por su presencia inquebrantable. Él posó un beso en su sien mientras se mecían suavemente.

—Estás a kilómetros de aquí, amor mío —murmuró—. ¿Qué te preocupa tanto?

Eleanor se volvió en sus brazos para encontrar su mirada, alzando la mano para alisar la arruga de preocupación que surcaba su entrecejo.

—Sólo viejos fantasmas que intentan robarme la alegría —admitió con una sonrisa rueca—. Pero tú, mi querido mío, eres la luz que los mantiene a raya.

La expresión de Alexander se suavizó. Tomó su mano y la llevó a los labios.

—Hemos soportado mucho —dijo—. Lo único que me importa es que estés aquí conmigo ahora, como mi esposa. Al diablo con todo lo que vino antes.

Reconfortada, Eleanor volvió a acurrucarse contra él mientras contemplaban juntos el paisaje nevado, encontrando consuelo en la mutua compañía. El pasado ya no podía alcanzarlos.

Eleanor alzó el rostro, encontrando los labios de Alexander en un beso tierno. Cuando se separaron, una sonrisa juguetona curvó la boca de él.

—Ven —dijo, tomando su mano—. Quiero enseñarte algo.

La condujo hacia los jardines cubiertos de nieve, el aire frío pellizcándoles las mejillas. Él la miró de soslayo, con el corazón hinchándose al ver la alegría brillando en sus ojos esmeralda.

—Este último año contigo ha sido el más feliz de mi vida.

Sobrepasada por la emoción, Eleanor le rodeó el cuello con los brazos.

—Te quiero —susurró.

Alexander la estrechó con fuerza, saboreando la sensación de tenerla en sus brazos.

—Y yo a ti, mi adorada. Siempre.

Tras un largo abrazo, Eleanor se apartó un poco, los ojos danzando.

—Creo que ha llegado el momento de una batalla de bolas de nieve, lord Rockingham.

Con una carcajada, Alexander agachó la mano para recoger un puñado de nieve.

—Acepto tu desafío, lady Rockingham.

Sus risas jubilosas resonaron por los jardines mientras las bolas de nieve volaban rápidas y furiosas. Las mejillas de Eleanor se encendieron, los ojos le brillaban de excitación mientras lanzaba una bola tras otra contra su marido.

Cuando Alexander la derribó juguetonamente sobre un montón de nieve, ella soltó un chillido. Él la acalló con un beso largo y apasionado.

—Piedad, mi lord —jadeó por fin Eleanor cuando se separaron.

Entre risas, Alexander la ayudó a ponerse en pie. Del brazo, contemplaron el paisaje invernal a su alrededor.

—Construyamos un muñeco de nieve —dijo Eleanor con entusiasmo.

Trabajando juntos, formaron grandes bolas de nieve y las apilaron hasta crear un muñeco alto y algo torcido. Eleanor sacó una

zanahoria para la nariz, mientras Alexander cedía su sombrero de copa.

—Necesita un nombre —murmuró Eleanor, evaluando su obra.

Alexander fingió reflexionar.

—¿Qué tal lord Frostington?

Eleanor echó la cabeza hacia atrás y soltó una carcajada alegre.

—Perfecto.

Mientras la luz menguante teñía el cielo de matices rosados y dorados, Eleanor enlazó el brazo con el de Alexander.

—Creo que nos perderemos el banquete de Navidad si nos demoramos más.

—En efecto —convino Alexander, ofreciéndole el brazo para conducirla de nuevo al interior.

El gran comedor de Winthrop Manor era una visión de esplendor navideño. Guirnaldas de acebo y ramas de hoja perenne trepaban por las barandillas, mientras el muérdago y la hiedra adornaban la repisa de la chimenea. En el centro de la larga mesa, un enorme ganso asado presidía un despliegue de manjares que abría el apetito.

Eleanor sonrió al contemplar a los invitados ya sentados. Su madre, Lady Winthrop, conversaba animadamente con la tía de Alexander, lady Huffington. Más allá, sus amigas de la infancia, Lydia y Beatrice, cuchicheaban y reían con el amigo descarado de Alexander, el señor Nicolas Winters.

En la cabecera de la mesa, Eleanor ocupó su lugar junto a Alexander. Los ojos de él brillaron con calidez mientras le alzaba la mano hasta los labios.

—Estás deslumbrante esta noche, querida mía.

Las mejillas de Eleanor se tiñeron de rosa.

—Le estoy muy agradecida, caballero.

A medida que el resto de los invitados iba tomando asiento, Eleanor se alegró al ver más rostros conocidos: lord y lady Wentworth entre ellos.

Cuando todos estuvieron acomodados, Eleanor hizo tintinear su copa para llamar la atención.

—Amigos, nos sentimos inmensamente dichosos de que hayáis acudido a nuestro banquete de Navidad. Este último año nos ha traído muchas bendiciones —intercambió una mirada llena de amor con Alexander—, así como algunas pruebas. Pero, sea lo que sea que depare el futuro, sabemos que contamos con el apoyo de nuestra familia y nuestros amigos.

Un murmullo de aprobación recorrió la mesa. Eleanor prosiguió:

—Así que, esta noche, demos gracias por estos alimentos, por esta compañía y por la esperanza de días más luminosos. Feliz Navidad.

Un coro de «Feliz Navidad» respondió a sus palabras. Mientras las fuentes comenzaban a pasar de mano en mano y los platos se iban llenando, la sala se inundó de conversaciones animadas y risas.

Alexander se inclinó hacia ella y murmuró:

—Estoy tan orgulloso de poder llamarte esposa.

El corazón de Eleanor se henchió. Por muchos banquetes de Navidad que compartieran, sabía que jamás se cansaría de aquel hombre a su lado.

Cuando la comida fue llegando a su fin, Eleanor se escabulló mientras los invitados seguían charlando. En la biblioteca, avivó el fuego y se sentó a esperar, pensando en los momentos robados que ella y Alexander habían compartido precisamente en aquella estancia.

No tardó en verlo aparecer en el umbral. Cruzó la sala con largas zancadas y la atrajo a sus brazos.

—¿Te he dicho hoy lo hermosa que estás? —su voz era grave y ronca.

Eleanor fingió pensarlo.

—No lo creo, mi lord.

—Una omisión imperdonable por mi parte.

Alexander fue dejando besos a lo largo de la curva de su cuello mientras ella suspiraba de placer.

Cuando se apartó un poco, la miró fijamente a los ojos.

—Este último año contigo ha sido el más feliz de mi vida. Era como un barco perdido en el mar, sin estrella que lo guiara, hasta que irrumpiste en mi vida como el astro más brillante del

firmamento para mostrarme el camino a casa. ¿Qué he hecho yo para merecer a una mujer como tú?

Eleanor le acarició la mejilla.

—Lo mismo que he hecho yo para merecerte a ti, amor mío. Somos simplemente dos almas que se han encontrado.

Sus labios se unieron en un beso prolongado mientras el resplandor de la chimenea los envolvía en un cálido abrazo. Fuera lo que fuese que trajera el nuevo año, su amor sería la luz que los guiase.

Eleanor y Alexander terminaron por salir de nuevo de la biblioteca para reunirse con los demás. Cuando entraron en el gran salón de baile, Eleanor ahogó un pequeño grito de deleite. Guirnaldas de acebo y ramas de hoja perenne decoraban las paredes, mientras velas y farolillos proyectaban un resplandor casi mágico sobre el espacio. En el centro del parqué pulido, las parejas danzaban y giraban al compás de la animada música de una pequeña orquesta.

—¿Bailamos? —preguntó Alexander, tendiéndole la mano con una sonrisa.

—Creí que nunca lo pedirías —respondió Eleanor, posando la mano en la suya.

Salieron juntos a la pista, uniéndose a las otras parejas. Cuando Alexander deslizó un brazo en torno a la cintura de Eleanor, sus miradas se encontraron. Moviéndose al unísono, comenzaron los pasos de la enérgica danza campestre. Las faldas de Eleanor se arremolinaron en torno a sus piernas mientras Alexander la guiaba por las intrincadas figuras del baile. Su química se hacía evidente en la perfecta compenetración y sincronía de sus movimientos.

Cuando la música derivó hacia un vals más lento, Alexander atrajo a Eleanor más cerca. Una mano entrelazó la suya mientras la otra reposaba con ligereza en la espalda de ella. Eleanor se relajó en su abrazo, su cuerpo acompasado con el de él. Recorrieron el salón con gracia, con el gentío y la música desdibujándose a su alrededor mientras se miraban a los ojos.

Bajo las luces centelleantes, Eleanor y Alexander se perdieron en un mundo sólo suyo. Lo único que importaba era el amor que los

había sostenido durante el año transcurrido y que seguiría guiando su camino en los años venideros.

SOBRE LA AUTORA

Amanda Mariel, consumada narradora, posee dos másteres en humanidades y educación, especializada en los fascinantes ámbitos de la historia y la literatura. Más allá de sus logros académicos, abraza con alegría el delicioso caos de la maternidad, ocupándose tanto de sus queridos adolescentes como de sus tres adoradas mascotas: un noble boyero de Berna llamado Blaze y dos gatos de carácter muy distinto, Ezra y Puff, que comparten su hogar.

Autora bestseller de *USA Today*, Amanda Mariel crea vívidos tapices de épocas pasadas, inspirándose en el pausado ritmo de otros tiempos. Pluma en mano e imaginación desatada, recorre los anales de la historia y teje historias que iluminan paisajes históricos con elegancia y destreza. Su espíritu creativo encuentra descanso en la lectura, en los viajes que la llevan a descubrir nuevos horizontes y en la fotografía y otras actividades artísticas. Sin embargo, es en el abrazo de su familia donde halla su refugio más verdadero.

Para adentrarte más en el cautivador mundo de Amanda, visita www.amandamariel.com. Allí podrás unirte a su lista de correo y recibir en exclusiva las últimas novedades de su biblioteca literaria, además de la oportunidad de conseguir un eBook gratuito.

La pasión de Amanda se extiende también a sus lectoras y lectores, cuyas voces y vivencias acoge con cariño en su universo narrativo. Puedes ponerte en contacto con ella por correo electrónico en amanda@amandamariel.com, o seguirla en sus redes sociales.

Entre páginas y palabras, Amanda Mariel forja un vínculo profundo que tiende puentes entre épocas, corazones y mentes, creando un legado llamado a perdurar en el tiempo.

LIBROS DE AMANDA MARIEL

Damas Y Canallas
Planes escandalosos
Intenciones Escandalosas
Redención escandalosa
El Escándalo de la Solitaria
Aventura Escandalosa
Bailando con Serendipity

Amor legendario
Encantada por el Conde
Cautiva Del Capitán
Atraído por Lady Elianna
Encantada por el Duque

El Club de los Condes Picaros
Conde de Grayson
El Conde De Edgemore
El conde de Stone

Conectada por un beso
Cómo besar a un canalla
Robándole Un Beso A Un Pícaro
Escandalizada por el beso de un canalla

El credo de la dama arquera
Georgina
Josephine

El escándalo se encuentra con el amor
Quiéreme
Si Es Amor
Creer en el Amor
Amor y santidad

Destinada a un canalla
La insensatez de Olivia
El destino me dio un duque
Un aciago Primero de Mayo
El conde de Stone
Quién necesita a un duque
Un canalla para conquistar
Deseo un duque por Navidad
Escandalosamente mío

El beso de un pícaro
Su Perfecto Bribón
Su Perfecto Demonio

Un Romance de Castillo
Por Siempre en tus Brazos
Vestigios de amor

Ardent Passions in the Regency
Adiós, mi sinvergüenza
El bribón bajo el muérdago

Novelas románticas históricas
Un beso encantador
Navidad en los Brazos del Duque
Una cita bajo la luna
Una Navidad Retorcida

Tentadora Seducción
Por siempre, mi pícaro

POSTFACIO

Muchas gracias por tomarte el tiempo de leer *El bribón bajo el muérdago*.

¡Tu opinión cuenta!

Te agradecería que dedicaras unos minutos a dejar una reseña de este libro en tu sitio de reseñas favorito y compartieras tu opinión con otras lectoras y lectores.